

LA IZQUIERDA EN EL CONO SUR

- ANÁLISIS COMPARADO: BRASIL, ARGENTINA Y URUGUAY-

*Susana Mallo Reynal**

Introducción

¿Qué significa hoy ser de izquierda?

Según Bobbio,¹ la nueva izquierda se define como una izquierda de derechos; basada en libertad, democracia pluralista, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y resolución de los conflictos a través de las negociaciones.

Esta izquierda intenta resignificarse en un nuevo contexto: de una identidad construida sobre una minoría opositora, pasa a ocupar lugares de mayoría. Al decir de Zizek, “el cambio no es sustancial, sino apenas el rostro de un nuevo comienzo (...) el nuevo hecho es que la situación sea percibida por la mayoría de la población como un nuevo consenso”, lo que “abre el espacio para rearticulaciones políticas e ideológicas”.² Es por ello que para la izquierda la elección fundamental es que las apariencias efectivamente cuentan.

América Latina ha experimentado profundos cambios en los últimos veinte años, verificándose transformaciones en sus estructuras económicas, en sus regímenes políticos, en sus tejidos e identidades sociales, y en la propia relación entre el Estado y la sociedad. En ese marco, el ajuste

macroeconómico y las políticas sociales a él vinculadas, –concretamente la liberación de los mercados, la reducción del gasto fiscal y la privatización de las empresas públicas–, dieron como resultante una total imprevisión.

Por otra parte, la globalización de los circuitos comerciales y financieros, los procesos de integración en marcha y el intenso ritmo del desarrollo tecnológico han conducido a un proceso creciente de segmentación social.

En ese contexto se sitúan los sectores de izquierda o centro izquierda, entre los cuales se observa, en varios espacios de nuestro continente, un asombroso crecimiento.

Especialmente en los países que nos ocupan – Argentina, Brasil y Uruguay– dicho crecimiento significó en los albores del siglo XXI, el ascenso al gobierno.³

Dicho acceso se da en un contexto muy diferencial a aquel en que los sectores de izquierda fueron construyendo sus identidades y prácticas discursivas, motivo por el cual, conjuntamente con la tarea gubernamental, van reconstruyendo sus propias identidades e, inevitablemente, sus prácticas políticas.

55

*Catedrática de la Universidad de la República, Uruguay.

Esta reconstrucción no es ajena a las presiones de la Sociedad Civil, la cual, más allá de quienes ocupen los espacios de poder político, reclama una nueva forma de hacer política, entendiendo por tal los cambios en los patrones de comportamiento político tanto desde el gobierno como desde la oposición. Ese posicionamiento de la Sociedad Civil fue elemento clave, aunque no único, contra los desbordes del Estado y la política económica durante el periodo autoritario.

El capitalismo, que ha mundializado la economía, plantea problemas inéditos en los ámbitos societales. Este modelo no implica sólo un programa económico o político, es mucho más abarcativo: apunta a las esferas de lo moral y lo cultural. Mientras que el mercado se plantea como una forma de organización meramente económica, es en realidad un mecanismo cuya lógica, excluyente y exclusiva, modela las prácticas sociales en múltiples ámbitos.⁴

El mundo del ciudadano se fragmenta y los espacios de solidaridad e igualdad pierden vigencia. A este diagnóstico de un mercado y una cultura globalizada, se corresponde la aparición en escena de la exclusión y la marginación.

Dicho proceso hace evidente la dualización de la sociedad latinoamericana y coloca a contingentes humanos en zonas cada vez más alejadas de cualquier estatuto de ciudadanía.

La izquierda, cuando la crisis de los 80 estalló en nuestro continente, se encontró con Estados desfinanciados, todavía patrimonialistas, e inmersos en un proceso de modernización concentrada.

Los desafíos que enfrentó ese periodo estuvieron signados por el impacto de la reformulación del modelo basado en la sustitución de importaciones, que fue llevado adelante por los gobiernos dictatoriales, y por el inicio de la revalorización de la democracia representativa.

De hecho, están cuestionados los tres basamentos de la modernidad, el crecimiento económico, la

participación ciudadana y la solidaridad social. Este dato duro de la realidad confronta con la virtualidad de un proyecto de izquierda que no invalide, la necesidad de un camino refundacional de la sociedad.

Los problemas que deberá enfrentar con el mayor rigor la sociedad del Siglo XXI son: la ecología, la distancia creciente entre Norte y Sur y el vacío ético derivado de los crecientes procesos de individualismo extremo que deteriora las relaciones entre los hombres. En el caso de los países en cuestión, dichos retos son hoy desafíos para sectores que antes se expresaban desde la oposición. Por tanto, "las izquierdas" en el gobierno deben articular, a la redefinición de su identidad, una práctica que no puede agotarse en lo discursivo.

Cómo pensar la sociedad desde lo público y pensarse en lo público es uno de los desafíos que debe enfrentar la izquierda en los próximos años. Ello implica repensar la ciudadanía.

Pareciera necesario en los procesos de asentamiento de la democracia, la creación de un espacio público novedoso, con actores participantes y con acuerdos establecidos.

La tarea de la izquierda en este contexto, pareciera la de impugnar la ética política que prioriza tanto la primacía del mercado como la del Estado, proponiendo la indagación sobre tipos de sociedad que puedan servir para que la justicia y el mercado puedan reconciliarse.

Pero ¿se agota en esto la propuesta de un proyecto de izquierda? ¿Cómo instalar un debate sobre las reformas que puedan sustentar una nueva práctica política de las masas?

Es deseable recordar que el discurso clásico de la izquierda no tiene la solución a la crisis, sino que forma parte de ella y, por lo tanto, debe ser reformulado.⁵

Esto no significa abdicar ante las recetas del neoliberalismo, sino mostrar que se pueden realizar procesos de reconversión que supongan una nueva

relación entre estado y capitalismo, la cual destruya la perversa asociación en América Latina entre un Estado patrimonialista y un capitalismo prebendario, privatizador de riquezas extraordinarias y agente socializador de enormes pérdidas.

El segundo punto es el rescate en la izquierda de la democracia formal, no como sinónimo de engaño, ilusión, apariencias, sino formal como sistemas de reglas y en tanto tal, como valor a conservar de la modernidad.

Estos procesos descentralizadores y de toma de decisiones implican la creación de un nuevo modelo cultural, de un nuevo modelo de sentido para la vida colectiva; de una nueva conceptualización de lo público y lo privado, donde lo público debería estar dividido en dos instancias, a) la instancia de lo representativo a que se refiere esta insoslayable democracia formal de la que hablan nuestras constituciones y b) las múltiples instancias de democracia directa que tienen que irse gestando (referéndum, plebiscitos, elecciones internas de los partidos, centros barriales, centros comunales, etcétera).

Esta responsabilidad cuadra sin duda a la formaciones de izquierda o de centro-izquierda quienes tienen la responsabilidad de proteger a los más desvalidos,⁶ que pagan los costos de la reconversión. Ello significa resolver el tema de los déficit fiscales, el gasto social, el empleo, la cuestión tributaria, las nuevas formas de exclusión y la inseguridad social, pero también dar voz a los antiguamente silenciados, para que ellos sean parte de la solución.

Sin lugar a dudas, esto no quiere decir que se le pida a la izquierda una actitud voluntarista, prome-teica, de olvido del mercado, pero sí una profundización de la democracia política, no para negar la democracia representativa del estado de derecho, sino para ampliarla. En este mismo sentido se hace necesario desarrollar formas crecientes de consoli-

dación del gobierno representativo que deben combinarse con rapidez, con “modos” de representación que son imprescindibles en sociedades complejas y diferenciadas y a las cuales será necesario desarrollar en el futuro, con el mayor contenido posible de autenticidad, democratización de los partidos políticos, de los sindicatos, control de responsabilidad de los dirigentes, transparencia financiera de las organizaciones, etcétera.

La descomposición del antiguo modelo genera dispersión social que se manifiesta en “producir desigualdades sociales y económicas tan grandes que provocan graves violaciones de la igualdad política y, por lo tanto, del proceso democrático.⁷ Ello produce manifestaciones de apatía política, anomia social, privatización de la vida o pérdida de sentido que se verifica en una visible violencia inorgánica.

Es este vacío de los ámbitos públicos lo que provoca el desdibujamiento de los límites de la política, el declive del hombre público. Dicho reconocimiento no implica, empero, propugnar su eliminación, sino más bien una reestructuración de lo público.

La reconstrucción de un “actor socializado” es la condición de posibilidad de un nuevo discurso político de izquierda. Sin duda esta afirmación nos conduce a la calidad del partido, partidos o coaliciones que se asuman como un sistema de autoridad democrático.



El desafío para la izquierda se plantea en cómo construir un proyecto renovado, donde se logre que los sectores populares no se disgreguen, sin que esto no conduzca a un nuevo mesianismo como respuesta a las demandas fragmentadas.

El objetivo de esta ponencia es analizar las trayectorias constitutivas, políticas e institucionales, de los partidos de izquierda en Argentina, Brasil y Uruguay, señalando diferencias y similitudes en: a) las formas socio históricas desde los años 70 a nuestros días, b) observar las mutaciones de la noción de institucionalización de los liderazgos y de las nuevas prácticas políticas para c) analizar en clave prospectiva el destino de la izquierda en estos países.

58 Paralelamente, se plantea profundizar sobre las condiciones sociales y presupuestos teóricos para el ejercicio de una ciudadanía plena y participativa en las Democracias del Cono Sur. En función de ello se identifican los problemas recurrentes en el debate teórico para una ciudadanía digna y un espacio público democrático.

La construcción de una democracia real y el fortalecimiento de un ciudadano responsable y participante⁸ han sido creciente objeto de preocupación y discusión teórica-política en la búsqueda de lograr un desarrollo con visos de justicia social, inclusión y consolidación del “bien público”.

En los casos que nos ocupan –Argentina, Brasil y Uruguay; el tema reviste (como para la generalidad de América Latina) una enorme importancia, dados los niveles de crisis económica, política y social, que cobra un “intolerable” número de vidas humanas.

Dichas dimensiones delatan problemas enraizados en las matrices y supuestos neoliberales desde los cuales se han apoyado las prácticas y políticas puestas en marcha por los distintos gobiernos de las dos últimas décadas, y son ellas desde las cuales la izquierda en el Cono Sur, debe repensarse y pensar la ciudadanía.

En nuestros países, la principal preocupación deberá ser en concretar un proceso de resignificación de los derechos humanos y ciudadanía, que no responda a la demanda de una “vida buena” sino al establecimiento de límites a la creciente expulsión de hombres y mujeres que divide y polariza cada vez más a los sujetos sociales en: incluidos y excluidos, construyendo un poder ciudadano desde las bases sociales, que logre imponerse, controlar y participar activamente en la toma de decisiones políticas. Pasar de una democracia delegativa a una democracia participativa.

Las sociedades del área sur históricamente se habían basado en una “sociedad homogénea”, con sectores organizados de clase media y una ciudadanía de derechos amplios. Sin embargo, en un lapso de tiempo relativamente corto este modelo se fragmentó, resultando en un sistema en el que encontramos: precarización en el trabajo, debilitamiento del Estado en áreas claves de la política social, pérdida de calidad educativa y dificultad para generar nuevos tipos de solidaridad y organización social.

Como es de suponer, en estas sociedades polarizadas, se han debilitado los lazos sociales que eran el soporte del individuo a nivel de: a) su trabajo, b) su relación con el Estado y la construcción de su ciudadanía, c) su familia y las relaciones interpersonales y d) los procesos de subjetivación. Ante esta crisis, las instituciones han dado respuestas parciales a la exclusión de los individuos en el sistema, creando: 1) leyes y normas que no se adaptan a la situación, aumentando las leyes sobre todo penales sin éxito en la seguridad 2) una creciente economía en negro, 3) difíciles controles públicos.

La pregunta que se impone entonces es desde dónde construir. Sin duda, el debate democrático exige dar respuestas a las demandas sociales y las orientaciones culturales, la condición de la democracia es la de un conflicto social central, pero con miras culturales comunes a todos los adversarios.

La democracia no puede reducirse al compromiso formal, por tanto no hay ciudadanía sin consensos que acepten el disenso.

La comparación, a pesar de las diferencias que hacen la especificidad de cada país, muestra las dificultades y desafíos comunes para la construcción de la ciudadanía en las democracias contemporáneas en contextos de fuerte crisis. Por un lado, la comparación estimula a repensar el cómo hacer compatibles los principios de igualdad y pluralismo democráticos frente a formas conformación y reproducción de fuentes de poder constituido y constituyente. Por último, el desafío creciente de avanzar hacia formas de participación ciudadana activa e inclusiva, frente a contextos de alta vulnerabilidad y marginación social, como lo son nuestras sociedades latinoamericanas.

Argentina: lo que el neoliberalismo se llevó

Izquierda y populismo

Las opciones tradicionales de la izquierda en Argentina: Partido Socialista y Partido Comunista, (el primero formado a principios del siglo XIX y el segundo a inicios del XX), fueron sacudidos por el fenómeno populista. La irrupción de Perón en la escena política a mediados de los años 40, terminó con una izquierda tradicional, autoidentificada con la clase obrera.

Diversas caracterizaciones de populismo coinciden en señalar, sólo como rasgo primario, el liderazgo carismático de Perón y su capacidad aglutinadora. La relación líder-movimiento obrero estuvo signada por el respaldo incondicional de éstos a la política gubernamental. Ello tuvo como resultado que cada vez que el peronismo contó con el poder estatal, controló férreamente el sindicalismo. No puntualizar tal vínculo supondría aceptar que el peronismo admitió en su seno una corriente de izquierda social e ideológica. Por el contrario, todo

apuntó a que Perón simbolizase la izquierda y la derecha en su figura. La comprensión de dicha situación determinó toda la operatoria política: mientras el peronismo de izquierda tuvo un destinatario multitudinario, el peronismo de derecha sólo contó con los aparatos, y éstos fueron fundamentales en su accionar. De alguna forma esto explicaría los desplazamientos sociales que se iniciaron en 1971, para culminar en las elecciones del 11 de marzo de 1973.

En síntesis, queremos afirmar que prácticamente desde su nacimiento el peronismo cobijó un ala derecha y otra izquierda, por lo cual oficialismo y oposición convivieron más o menos dramáticamente en su seno.

El tercer periodo gubernamental peronista se inició sobre la base de un frente popular entretejido con una limitada participación obrera, la irrupción en la base social de la organización los sectores denominados “juventud peronista”, los sectores radicalizados, y la policroma habilidad de la CGE. Las Fuerzas Armadas, principio y fin de la historia de este siglo, habían sido momentáneamente dejadas de lado.

El equilibrio bonapartista se rompió definitivamente, toda la pugna interna de bloques de clases dominantes se resolvió ahora en torno a sólo un punto: la hegemonía interna. A modo confirmatorio de esta hipótesis el 20 de junio de 1973 la lucha desatada en Ezeiza es un claro ejemplo del proceso de fragmentación del peronismo, dos millones de personas convocadas para festejar el regreso definitivo de Perón finalizó en una masacre. Fue evidente la imposibilidad de la pequeña burguesía jacobina de transformar la dirección sindical y desburocratizar un aparato históricamente montado en luchas, prebendas y poder.

El 11 de septiembre, mientras Salvador Allende moría en el Palacio de la Moneda, el FREJULI barrió en los comicios con el 62% de los votos. Los sectores juveniles “marcaban votos” en la fórmula Perón-

Perón recogiendo 850,000 votos; uno de cada nueve argentinos había votado una “opción de izquierda”.

La muerte de Perón significó la ruptura del frente popular y “el pacto social” estalló, el programa Peronista fue destrozado. Las Fuerzas Armadas imbuidas de la ideología de “la Seguridad Nacional”, de la idea del “enemigo interno” rompieron una vez más el 24 de marzo de 1976 la legalidad institucional. La violencia de la política de Estado instaló prácticas inéditas en el país.

Tres elementos constitutivos caracterizaron este estado burocrático-autoritario. La exclusión coactiva del sector popular, y la prohibición de organizaciones sindicales, políticas y sociales. Un segundo rasgo fue la inexistencia o subsistencia parcial exclusivamente formal de las instituciones de democracia liberal y el tercer punto la concentración de las decisiones políticas en espacios cupulares reducidos a las jerarquías militares y las corporaciones de los grandes grupos económicos.⁹

La indagación sobre el proceso de transición reconoce varias vertientes; sin embargo, uno de los criterios resulta ser la identificación de los actores que conducen la transición de acuerdo con su carácter de elite o de masa. Es en este sentido que se expresa que se “parte del supuesto que los procesos de transición son momentos en que la carencia de reglas concede primacía a la interacción de los actores, es la estrategia de los actores, que puede distinguirse según esté basada en el compromiso o la fuerza”.¹⁰

La apertura en Argentina al inicio estuvo marcada por estrategias contradictorias. Si hasta julio de 1981 el signo de determinación de las relaciones fue la fuerza, la grotesca aventura de las Malvinas de abril de 1982 transformó el escenario, lo que desembocó en un “compromiso” de los militares con sectores políticos y sociales.

La construcción de una agenda de transición democrática se realizó sin ningún condicionamiento militar, quienes en ese momento habían perdido toda

capacidad de iniciativa y respuesta a la creciente demanda de la sociedad civil, donde las organizaciones de Derechos Humanos desempeñaron un rol fundamental. Sin duda fueron estas estructuras donde coexistieron familiares de desaparecidos, militantes de izquierda y sectores progresistas, el reducto de la defensa de la democracia y el estado de derecho.

La constante prédica nacional e internacional fue lo que permitió cierto aislacionismo de la dictadura y la repulsa de los países en democracia. En esta ardua tarea fue de donde surgieron figuras fundamentales en la configuración de un nuevo espacio de izquierda, a guisa de ejemplo la figura de Graciela Fernández Meijide.

La salida democrática significó el triunfo del Partido Radical, historia inédita en el país donde el peronismo tenía una trayectoria de triunfos. Se defendió la democracia y las libertades en contra del autoritarismo de los sectores más tradicionales del peronismo, en este caso encarnados en el sindicalismo, quien concentró las áreas de poder partidario.

El año 1983 es un hito que marca un cambio en la historia política Argentina. No solamente se inició el periodo de más larga duración democrática como no había ocurrido desde 1930, sino también una transformación en la cultura política y en los alineamientos sociales de los ciudadanos.

La derrota del peronismo después de cuatro décadas de centralidad dominante en la arena política, desde las más diversas situaciones –concurriendo abiertamente, semiproscrito, o convocando al voto en blanco– marca un punto de inflexión en las lealtades partidarias y en las conductas de los votantes. Entre los duros aprendizajes que dejó la dictadura encontramos un profundo pánico a las formas autoritarias tradicionales en el peronismo ortodoxo, y la necesidad de una reivindicación del concepto de democracia. Nadie como Alfonsín encarnó esa dimensión, de nuevos valores y expectativas de recuperación ética.

Las ambigüedades de Alfonsín

La habilidad política de Raúl Alfonsín estribó en sintetizar la matriz intransigente tradicional del radicalismo con la praxis transaccional, absorbente y convocante, que también nutrió –negativamente casi siempre– la identidad radical. La coalición alfonsinista del 83 con vocación policlasista, estructuró un discurso sobre la consuetudinaria cesura de los circuitos en la Argentina: el político-institucional y el corporativo. Muchos han creído encontrar la llave del éxito electoral en la fuerte prédica anticorporativista y en la ubicación certera de la dicotomía democracia-autoritarismo.¹¹

La ambigüedad discursiva del radicalismo, con sus identificaciones totalizadoras, obligó a una conjugación paralela de liberalismo y democracia, sin medir fuerzas y casi como una acción de voluntarismo ideológico, mesiánico, indefectiblemente personalista. Ajustes y oposición política y social; nuevos reajustes –a veces con diagnósticos profundos y lúcidos– y nueva oposición. Hubo autoconvencimiento y formulación abstracta: “la democracia, para existir, requiere un compromiso fundamental que fije entre nosotros comunes denominadores y que, en función de éstos, amplíe el debate ideológico, limitando la competencia política interna. Democracia significa, desde luego, diversidad y competencia a partir de esta diversidad; pero implica también una ética de la solidaridad que esté más allá de las diferencias y que incluso prevalezca sobre éstas en determinadas circunstancias.”¹²

El gobierno de Alfonsín despertó expectativas que no pudo finalmente satisfacer. La UCR debió purgar durante un lustro sus “contradicciones congénitas”, tramitando nuevos conflictos y autoasignándose un plano de racionalidad competitiva.

Menemato y el nuevo caudillismo

El triunfo del Partido Justicialista y la asunción del mando por parte de Carlos Menem, se realizó

cabalgando sobre la hiperinflación y la fase terminal de una crisis que llevaba ya treinta años de duración. Afectando gravemente no sólo la economía sino al propio Estado debido al debilitamiento de la figura presidencial, el desorden administrativo y una creciente masa empobrecida dispersa y heterogénea.

Al estilo pluralista del gobierno anterior el nuevo presidente impuso su figura como representación simbólica de una manera de hacer política, lo cierto es que el personalismo y el ejecutivismo que Menem exacerbó y modificó, de alguna manera tampoco son ajenos a la tradición populista. El cambio de tono, contenido y forma del discurso presidencial fue rápido, ante la imposibilidad de integrar intereses sectoriales su decisión política recayó sobre los “poderes fácticos” a quienes otorgó todo tipo de concesiones.

Desde una primera etapa de posiciones de debilidad logró en el corto plazo presentar sus decisiones como nacidas exclusivamente de su voluntad, nunca de pactos o compromisos. Lo que al inicio fueron simulacros de autoridad y decisión se fueron transformando crecientemente en actos fundadores del liderazgo. Históricamente el modelo populista de representación había consistido en la identificación de la acción del líder con la voluntad popular, así Menem intentó con creciente éxito encarnar dicha representación y borrar toda manifestación de disidencia interna. También logró opacar a la oposición la cual fue automáticamente descalificada. De esta forma, sostiene Novaro,¹³ que para el presidente toda palabra empeñada, toda promesa, pasó a un segundo plano y fue olvidada, lo que permitió la encarnación por parte del líder de un principio único de legitimidad para juzgar la representación: el bien común. De esta manera Menem concentró en su figura la capacidad y la confianza en la toma de decisiones, lo que habría de imprimir un cariz marcadamente personalista a la gestión pública y a la dinámica partidaria, en una continuidad obvia con respecto del pasado.

Es “posible caracterizar estas formas políticas como democracias híbridas”,¹⁴ en la medida en que ésta se define como un procedimiento de elección y sustitución de gobernantes, pero que en lo tocante a los procesos de toma de decisiones y producción de políticas están concentradas en la decisión del líder. Así lo público y lo privado se condensa en la figura del representante que hace que su vida privada, sus amigos y familiares se transformen en cuestiones de Estado.

62 En poco tiempo, el presidente logró objetivos que parecían imposibles hasta ese momento, puso en marcha un duro plan de ajuste que involucraba la reducción del empleo público y la privatización de empresas estatales, al mismo tiempo, desactivando las demandas sindicales y sociales a la vez. También indultó a los militares y a finales de 1990 reprimió eficazmente la última asonada militar.

Controlada la inflación, desactivada la conflictividad militar y sindical, Menem logró recomponer la autoridad perdida con una orientación ideológica y apoyos extra-partidarios que en otros casos hubiera

provocado un generalizado rechazo, porque lo cierto es que los contextos de crisis son altamente propicios para gestiones gubernamentales de fuerte concentración de poder. Así ante cada crisis, sobre todo de tipo económico, los decretos de emergencia, de urgencia fueron reiteradamente usados por el presidente relegando al Poder Legislativo en sus funciones elementales. En este sentido algunos autores denominaron a este régimen como una suerte de neopopulismo, afirmando que a diferencia de los populismos tradicionales que movilizaron a las masas, éste sólo movilizó imágenes, no integrando a los grupos de intereses a un Partido ya en movimiento ni promoviendo la igualación. Sin duda fueron los grandes grupos económicos los beneficiarios de esta política, acentuándose la marginación de los sectores populares, lo que produjo crecientes formas de desigualdad social.

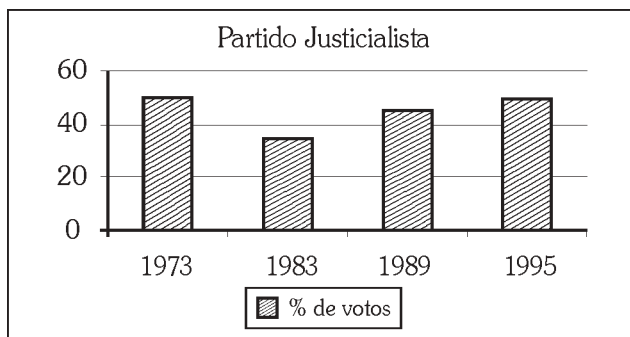
Los éxitos electorales de este periodo apuntalaron el proceso. El cuadro siguiente muestra la ampliación del electorado peronista.

Cuadro 1. Elecciones presidenciales 1973-1995

Elecciones Presidenciales	% votos 1973	% votos 1983	% votos 1989	% votos 1995
Partido Justicialista	49.5	34.47	44.68	49.8
Unión Cívica Radical	21.3	51.8	32.5	16.9

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Ministerio del Interior.
Obs. Cálculos realizados sobre el total de votos.

Gráfico 1. % de votos del Partido Justicialista 1973-1995



De alguna manera el menemismo y su instrumento: el Partido, logró una unidad inédita que ni siquiera en vida de Perón se había realizado, esto es, conjuntar y representar en su gobierno las clases

altas y las más desprotegidas del país. Lo cierto es que hasta 1995, el avance del justicialismo en los procesos electorales fue continuo.

Cuadro 2. Elecciones parlamentarias. 1983-1994

	1983	1985	1987	1989	1991	1993	1994
Partido Justicialista	38.47	34.60	41.46	44.60	40.40	42.30	37.30
Unión Cívica Radical	47.39	43.20	67.24	28.90	29.10	30.00	19.80
Total	85.86	77.80	78.70	73.50	69.50	72.30	57.10

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Ministerio del Interior.

La izquierda refundacional

La izquierda sufrió todas las consecuencias de haber sido una minoría sin arraigo popular. Como consecuencia de ello, fue peronista-antiperonista; estalinista-aniestalinista; participó en los grupos armados, repudió los grupos armados. Cierta “esquizofrenia” le impidió construirse como alternativa política viable. Esta larga historia de desencuentros pareciera que comenzó a finalizar en 1991. Por supuesto y como es tradicional en algunos sectores político-radicales, no encontraron condiciones para integrarse a un proyecto que intentara ser mayoritario.

La necesidad de articular una alternativa al proyecto Menemista, empujó a sectores de izquierda y de centroizquierda a confluir en un proyecto de corte opositora. A los sectores disidentes del peronismo se los denominó “los ocho” por ser éste el número de diputados que se opusieron, en primera instancia, al proyecto privatizador de Menem y al indulto de los militares. Éstos se transformaron en un polo convocante que posibilitó la unión de sectores que se habían quedado sin representación partidaria ante su oposición al proyecto de gobierno. La mayoría de estos grupos estaban, además, distanciándose de las estructuras partidarias o agrupaciones en las que habían actuado hasta ese momento, así sectores de la Democracia Cristiana, la Asamblea de los Derechos

Humanos, el Partido Intransigente y algunos representantes del Partido Comunista convergieron en lo que se llamó “Frente Popular”. Dichos sectores tuvieron un principio de unidad que fue su crítica al proyecto económico de gobierno, sin embargo, durante los primeros años no supieron construir un discurso diferenciador de la izquierda clásica. Esto explicó los magros resultados de las elecciones de 1991 donde el Frente Popular obtuvo sólo el 1% de los votos y el FREDEJUSO, el 3.5%, lo que permitió el acceso sólo a una banca del Consejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires.

Los dirigentes frentistas comenzaron a diseñar lo que Novaro y Palermo denominan “un republicanismo social modernizador”, este perfil tuvo y tiene como ejes el equilibrio de poderes, la autonomía del Poder Judicial y la recuperación de una moral cívica y social. Sin duda esto rompía con la tradición de la izquierda criolla que desde la mitad del siglo se había caracterizado por una política “redencionista”, como conductora y guía de una sociedad corrupta y extraviada. Esto había significado una actitud fuertemente reduccionista frente al proceso de modernización, donde la lógica del capitalismo sólo se definió como mercantilismo y alienación, ignorando los avances morales y legales que produjo la modernidad.¹⁵

En mayo de 1995 el Frente obtuvo el 28,8% de los sufragios superando ampliamente al Partido Radical (16.9%), quien tocó el techo más bajo de toda su historia. El FREPASO logró transformarse en fuerza nacional ganando representación en casi todas las provincias.

A partir de este momento el Frepaso se vio abocado a la discusión interna para realizar el esfuerzo de imaginar el futuro de la agrupación. El tema fue construirse como “fuerza de opinión”, que resultó una herramienta a la que ya habían recurrido los partidos europeos, para afrontar los problemas derivados del cambio de las expectativas de la sociedad moderna, la burocratización de la política ejercida a través de los partidos, el estallido de demandas diversas y el cambio de la estructura social que se conformó paralelamente a la política de postguerra.

La fuerza de la opinión es, en ese sentido, un recurso para la subsistencia de la política, una necesaria reconversión para competir por el gobierno. Para que esa fuerza de opinión tenga el peso que se requiere para competir adecuadamente son necesarios cuadros altamente capacitados para llevar adelante políticas de proyección y, asimismo, una

estructura de profesionales en condiciones de especializar a los dirigentes y futuros legisladores.

La coalición: fin de siglo, fin de ciclo.

En el mundo moderno casi todos los gobiernos son de coaliciones y la tendencia va en aumento. Hay cada vez menos partidos hegemónicos, porque las sociedades plurales no desean entregar todo el gobierno a un solo partido, o a una sola persona. No es un signo de debilidad o de inestabilidad es un signo de los tiempos. Porque pareciera que cuando llegue a su fin la experiencia menemista, habrá también finalizado el gobierno unipersonal continuo, más largo de la historia argentina posterior a la organización nacional.

Cuando señalamos lo anterior hacemos referencia a un hecho también inédito en la historia de la política nacional, la creación de acuerdos, pactos y compromisos entre el Frepaso y el añoso partido Radical, la coalición a la que se denominó “Alianza” obtuvo en las elecciones legislativas del 26 de octubre de 1997, un contundente triunfo. El cuadro indica las diferencias:

Cuadro 3. Resultados Elecciones legislativas 1997

Votos	%	Total país		Total provincia Buenos Aires		Total Capital Federal	
Alianza		6,136,873	36.5	3,729,459	48.2	1,072,869	56.7
P. Justicialista		6,058,287	36.0	2,805,951	41.3	6,339,733	17.9
Unión Cívica Radical		1,114,169	6.8				
Acc. Republicana		657,339	3.9	185,094	2.7	322,525	17.0
FREPASO		408,570	2.4				
Fuerza Republicana		246,165	1.4				
Alianza Izquierda Unida				85,929	1.2	25,937	1.3

Fuente: Elaborado en base a datos publicados por La Nación, 27/10/97.

El triunfo de la Alianza fue el resultado de un intrincado juego político que combinó la larga experiencia en materia de acuerdos, la percepción del malestar social del ex presidente Alfonsín y la visión renovadora e institucionalista del Frente y de sus líderes. Las fuerzas políticas tuvieron la capacidad no sólo de percibir el descreimiento de la sociedad sino también mostraron actitud de cambio para hacer propias esas demandas. La flexibilidad y la apertura triunfaron en medio de la lucha por la “política pequeña”.

Ambas fuerzas habían vislumbrado la imposibilidad de derrotar por separado al justicialismo, a este diagnóstico se agregó las sombras de un nuevo intento de reforma constitucional que permitiese –algo expresamente prohibido por el Pacto de Olivos– una nueva reelección.

Un triste comienzo en el Siglo XXI

La explosiva situación desatada a partir de la crisis generalizada en diciembre del 2001, culminó con la renuncia de Fernando de la Rúa a la presidencia de la nación, sumiendo al país en un mar de incertidumbres, institucionales y políticas. La sucesión de 5 presidentes en el lapso de 5 días, dan cuenta de la profundidad de la erosión del sistema.

La asunción a la presidencia de Eduardo Duhalde en enero del 2002, durante una plena explosión social significó: por un lado, el ascenso del sector peronista más centrista, por otro lado, la definitiva consolidación del justicialismo como partido hegemónico. Dicho partido reconfigura e integra en su seno un abanico ideológico abarcador de los sectores de derecha apoyados en el “pensamiento único” neoliberal, sectores de centro y por fin militantes de izquierda con un discurso “progresista”.

La fragilidad y el deterioro social estalló en esta sociedad. Las grandes movilizaciones realizadas durante el 2001 y el 2002, persisten hasta nuestros días.

Los “piqueteros” –dadas sus formas de organización, sus luchas, sus demandas– habían comenzado en años anteriores pero recrudescieron sus demandas al compás del deterioro económico del país. La proclama de “alimento y trabajo” recorren el espectro social más vulnerable, siendo un eje contestatario y vertebrador de la política de estos últimos años. La primera respuesta por parte del gobierno, fue a través de políticas asistencialistas, respondiendo con planes denominados “jefes y jefas de familia” (un salario mínimo) como paliativos a las demandas que se proclamaban desde la lucha callejera. Como todo plan de corte asistencialista produjo injusticias debido a su puesta en marcha que terminó fortaleciendo antiguas redes clientelistas.

En el 2002, la muerte alevosa de dos jóvenes piqueteros en manos de la policía afectó la credibilidad del presidente Duhalde, sobre todo a través del desenmascaramiento de las explicaciones oficiales por parte del periodismo, que mostró fotos cuando eran vilmente asesinados. Este cruento proceso aceleró el recambio presidencial precipitando el llamado a elecciones.

En el proceso electoral de abril del 2002 el justicialismo cumplió un doble papel: fue oficialismo y oposición, centro derecha y centro izquierda. Las elecciones se realizaron con un partido único, dominante, ausencia casi de oposición seria, debates inteligentes y especialmente falta de proyectos profundos y propositivos. Sin duda, no fue un escenario alentador para la configuración de un proceso democrático y pluralista.

La confrontación dentro de tres modelos se planteó en el partido justicialista: la continuidad neoliberal, el populismo retrógrado representado por Adolfo Rodríguez Sía, y una propuesta de corte neokeynesiana representada por esa figura desconocida de Néstor Kirchner; fueron los competidores más destacados del proceso electoral.

Los resultados confirmaron el rol hegemónico del partido justicialista. Tal como observamos, los tres candidatos autodefinidos como peronistas sumaron el 60% del total de los votos.

Cuadro 4. Elecciones presidenciales 1989-1999

Partido	1989		1995		1999	
	Votos	%	Votos	%	Votos	%
Unión Cívica Radical (UCR)	5,391,944	32.44	2,851,853	17.09		
Alianza P. Justicialista (PJ)	7,862,475	47.30	8,311,908	49.80	9,039,892	48.50
Alianza Frente País Solidario (FREPASO)			4,878,696	29.23	7,100,678	38.09
Intransigente						
UCeDe (Alianza del Centro en 1989)	1,041,998	6.27				
Izquierda Unida	411,679	2.48				
Unidad Socialista	218,380	1.31				
Mov. por la Dignidad y la independencia (MODIN)			295,618	1.77		
Acción por la República					1,881,417	10.09
Total	16,622,570	100	16,690,580	100	18,640,833	100

66

En las elecciones presidenciales, del 2003 no se llegó al balotaje, dado que Menem renunció a participar en la segunda vuelta (previendo su derrota), siendo los resultados de la primera vuelta los siguientes:

Cuadro 5. Fórmulas presidenciales y resultados electorales

Fórmulas presidenciales	votos	%
Partido Justicialista Menem - Romero	4,740,907	24.45%
Partido Justicialista Kirchner - Scioli	4,312,517	22.24%
López Murphy - Gómez Díez	3,173,475	16.37%
Partido Justicialista Rodríguez Saa - Posse	2,735,829	14.11%
ARI Carrio - Gutiérrez	2,723,574	14.05%
Unión Cívica Radical Moreau - Losada	453,360	2.34%
Otros	1,248,233	6.44%

Fuente: Ministerio del Interior. Presidencia de la Nación <http://www.mininterior.gov.ar/elecciones/estadistica.asp#datos>

El análisis de estos resultados muestran la caída de ciertos mitos generalizados en la sociedad argentina: el primero de ellos era el corrimiento definitivo hacia la centro derecha. El segundo era la infalibilidad de Menem y el tercero, la imposibilidad de una vuelta a proyectos de tipo “progresistas” o alternativos, así definidos por el nuevo presidente. ¿Quién es el nuevo presidente llamado Néstor Kirchner? Autodefinido como un setentista reivindica los valores casi olvidados de esa época. Una mirada sobre ese pasado hizo posible a muchos creer en que el cambio era posible y recuperar la esperanza en el futuro. Se habla de ideales, ética, principios, en frases como su discurso de asunción. El 25 de mayo de

2003 afirma “formo parte de una generación diezmada, castigada por dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de la Casa Rosada”.¹⁶

La clara política llevada a cabo, de priorizar las vastas necesidades internas de creación del trabajo a pesar de la impagable deuda externa que asciende a 146,172 millones de dólares,¹⁷ significa un lento y arduo proceso de renegociación y enfrentamiento con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Así mismo, como parte de los grandes problemas heredados, la corrupción policial y sus consecuencias, el alto nivel de inseguridad como aumento de secuestros, asaltos y crímenes, produjeron sucesivos descabezamientos de la cúpula policial, tanto fede-

ral como provincial, sobre todo en el cono urbano y el resto de la provincia, ámbitos de permanente violencia.

Sin embargo, los dos años transcurridos han permitido al presidente legitimarse y lograr importantes consensos. Así, las últimas elecciones legislativas de octubre del 2005 permitieron mostrar cómo el apoyo medido hasta este momento en encuestas de popularidad se ratifica en votos. En estas elecciones se enfrentaron tres corrientes: el peronismo tradicional, con la sigla histórica Partido Justicialista, la corriente encabezada por el gobierno “Frente para la victoria” y el sector de centro derecha y derecha –PRO– que logró el triunfo en la ambicionada ciudad de Buenos Aires.

Cuadro 6. Resultado general de elecciones nacionales. Argentina 2005

	Total de votos	Porcentaje votos totales
FPV y PJ aliado al gobierno	6,808,305	40.1
UCR	2,342,795	13.8
PJ no kirchnerista	1,905,976	11.2
(PRO + Recrear + aliados provinciales)	1,339,613	7.9
ARI	1,240,240	7.3
Izquierda	904,861	5.3
Socialistas	828,385	4.9
Otros	1,590,104	9.5
Total	[sic] 1,733,246	100

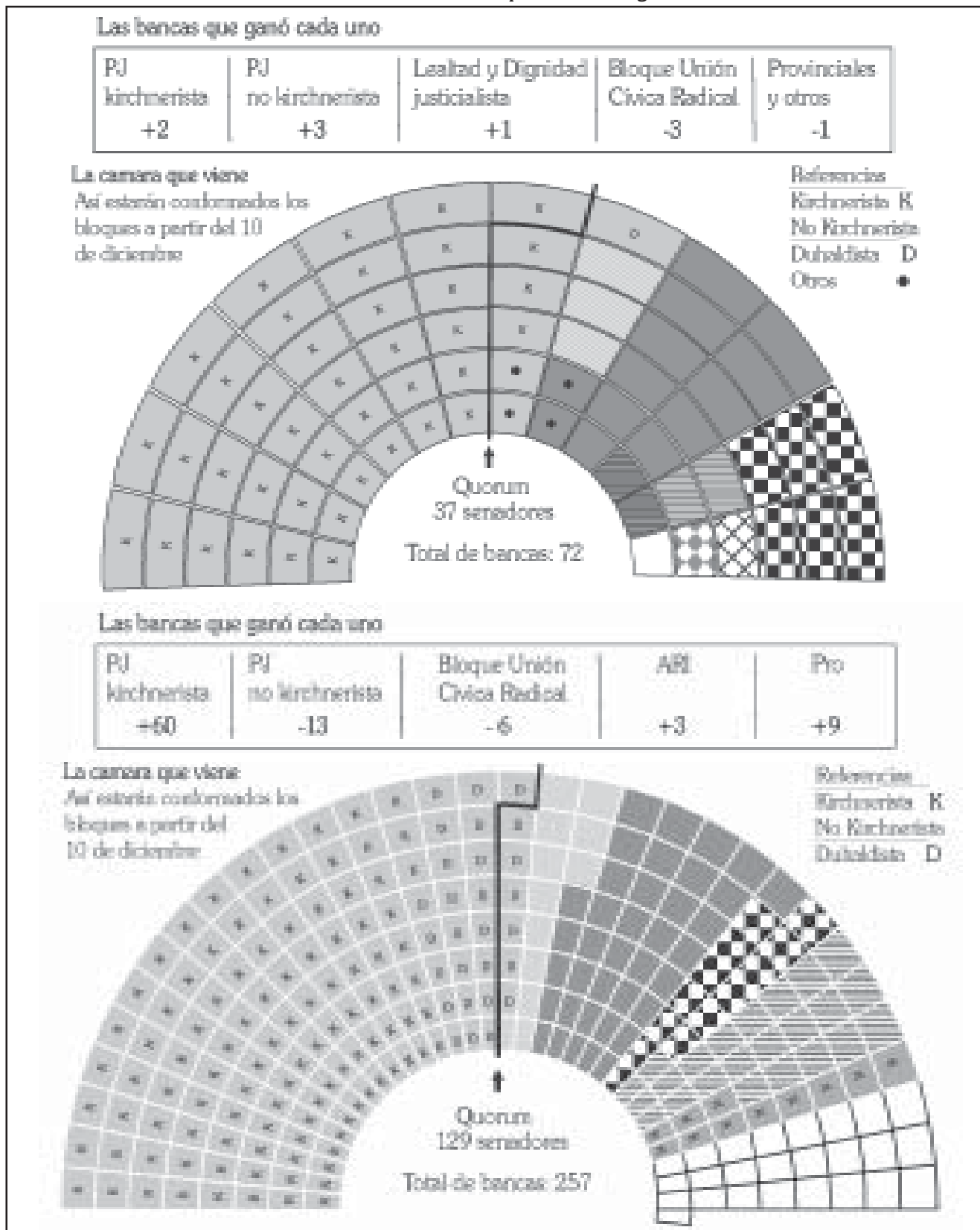
* Sobre 26,098,099 inscriptos en el padrón electoral, con un porcentaje de votantes positivos del 60% del padrón electoral.
Fuente: Altermedia.info 29/10/2005

Como resultado de estas elecciones se han producido cambios en la composición política de las cámaras de Diputados y Senadores del Congreso Nacional que dan cuenta de una nueva correlación de fuerzas.

En el senado, de un total de 72 senadores, 43 pertenecen al Bloque del Partido Justicialista, quien pasó de 38 a 43. El UCR perdió parte de su bancada pero sigue siendo el bloque opositor mayoritario.

Mientras que en la Cámara de diputados –conformada por 257 bancas– los tres bloques con mayor importancia serían. a) FPV + PJ kirchnerista con 112 b) Peronistas opositores con 42 bancas (30 duhaldistas, 3 menemistas y 5 adolfistas, entre otros) y c) Bloque UCR, con 41 bancas.

Gráfico 2. Bancas en el parlamento argentino



Fuente: *Diario Clarín*, 25 de octubre, 2005

El triunfo refrendó, además, la exitosa política económica que ha permitido salir a la Argentina del default. Algunas cifras dan cuenta de ello, se logró bajar la indigencia del 27% al 12.6%; la pobreza descendió del 57% al 38%, el desempleo cayó del 34% al 10%. Sin embargo, si bien la distribución del ingreso ha mejorado y cinco millones de personas consiguieron trabajo, ésta continúa siendo el talón de Aquiles del gobierno. A los aumentos salariales le siguió el aumento de precios, una economía concentrada y la histórica voracidad de los industriales nacionales y de los sectores transnacionales. El país crecerá este año un 9%, lo que no garantiza una equitativa distribución de la riqueza.

Lo cierto es que el gobierno ha cumplido en el ámbito político con algunas de sus promesas electorales: derechos humanos, anulación de la ley de punto final, renovación total de la Corte de Justicia, así también como la remoción de jueces y policías corruptos.

Brasil: entre la continuidad y el cambio

Si algo caracteriza la historia de Brasil es que fue el único país de América Latina que no perdió territorio, sino que a lo largo de su historia lo incrementó.

País continente, con una historia imperial, conformó sus elites dirigentes conscientes de la importancia en la estructuración de un Estado Nacional, pero también su papel en los ámbitos internacionales.

Brasil es uno de los países más ricos del continente, pero con una de las peores distribuciones del mundo; situación que deviene históricamente desde sus inicios como Imperio, que la República liberal oligárquica, consolidada entre 1898 y 1930, intensificó el proceso de concentración de la riqueza en manos de la clase dirigente. Durante dicho periodo, el país conoció situaciones de bonanza y de crisis, esencialmente en su producción agro exportadora, siendo el café los “granos del oro”.

A finales del Siglo XIX, la ola inmigratoria que conoció el país coincidió con el desarrollo industrial, sobre todo en el sur gauchó, transformándose San Pablo, en la segunda ciudad de importancia tras Río de Janeiro.

Fue en los incios del siglo XX cuando se desarrollaron las primeras huelgas. La ideología anarquista y anarco-sindicalista fue la base para construcción de los primeros sindicatos y también las primeras manifestaciones callejeras.

La Revolución Rusa del 17 ejerció un singular influjo en las mencionadas organizaciones; una de las consecuencias fue la fundación, en 1922 del partido Comunista Brasileño, el cual, a diferencia del resto de América Latina, no surgió como desprendimiento de los partidos socialistas sino como organización autónoma y originaria. Es bueno recordar la famosa “rebelión del tenentismo” cuyo mítico líder, Prestes, perteneció a las fuerzas armadas brasileñas, no obstante lo cual abrazó la causa comunista.

El populismo y la lucha de clases en Brasil

El PC estuvo en la ilegalidad durante casi toda su historia. Hasta 1930 “fue un partido predominantemente obrero, cuyo número nunca superó los mil integrantes, subordinándose a la Tercera Internacional de Moscú”.¹⁸

El Estado Getulista se instauró luego de la Revolución de 1930, su carácter democrático-burgués se extendió hasta la década del 50; es un periodo de enorme desarrollo del nacionalismo populista, de la afirmación del poder hegemónico de la burguesía industrial, de la decadencia del viejo poder oligárquico, de la consolidación de la clase obrera, de la expansión de las clases medias y de la marginación política-económica del campesinado, que comenzó su éxodo de migración interna.

Un segundo periodo histórico comienza en la post-guerra, caracterizado por la masiva entrada del

capital extranjero, particularmente en la industria manufacturera, produciendo procesos de desnacionalización que impidieron un desarrollo nacional/independiente. El golpe de Estado de 1964 es definitivo, el golpe de gracia al viejo esquema de dominación populista, apareciendo un régimen dictatorial.

A partir de 1968 la represión se agudiza, y entre 1969 y 1973 el gobierno brasileño practicó “una intervención encubierta en Bolivia, Uruguay y Chile”.¹⁹ En 1976, ante la creciente lucha de las bases obreras²⁰ y sectores medios, cada vez más incontrolables, el ex ministro de economía Roberto Campos, reclamó la necesidad de crear bases para la institución de una democracia participante. Es durante dicho periodo, a pesar de la censura en los medios de comunicación, que el MDB conquistó éxitos electorales significativos. El General Geisel entregó el poder al General Figueiredo, ex jefe del Servicio Nacional de Información. El nuevo presidente asume y anuncia el propósito de culminar la apertura política. Al mes siguiente una huelga de ciento ochenta mil metalúrgicos en San Pablo, dirigidos por Lula, finalizó sin represión dado un previo compromiso negociado entre el Ministerio de Trabajo y los Sindicatos.

La apertura democrática

Las elecciones de 1983 reflejaron el enorme descontento social y resultaron una victoria cualitativa de la oposición. El partido oficial ARENA sólo triunfó en doce estados, mientras la oposición venció en diez, pero los más importantes económicamente, como, por ejemplo San Pablo, Río de Janeiro y Minas Gerais, que representan el 59% de la población y el 75% del PBI.

Fracasada la campaña por el voto directo en 1984, la oposición pudo triunfar en el Colegio Electoral gracias a la división del partido oficialista. Tancredo Neves fue designado presidente y José Sarney vice.

Tancredo anunció planes para instaurar un nuevo orden social denominado “La Nueva República”; en ese marco se planteó la reforma agraria, la renegociación de la deuda externa y la recuperación del crecimiento económico; ellos fueron considerados los pilares para la consolidación de una plena democratización y modernización del país.

Según datos oficiales, en 1985, sobre una población de más de ciento treinta millones de habitantes, el 50% vivía en la pobreza y al margen de la economía formal, seis millones de desocupados y trece millones de subempleados, sólo en la ciudades. Especialistas afirmaron que ni siquiera un crecimiento del 7% anual cambiaría esa situación.

Ante la muerte de Neves, en abril de 1985, asume la presidencia Sarney, quién legalizó al Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda, algunas proscritas desde veinte, e incluso cuarenta años. Asimismo, se reconoció el derecho a voto de los analfabetos.

En 1986 se decretó la moratoria de la Deuda Externa y se lanzó el plan cruzado; se realizan elecciones parlamentarias en las cuales el PMDB obtuvo una victoria abrumadora. En las elecciones municipales de 1988 creció el caudal electoral de los partidos de izquierda y centro izquierda: PDT, PT, y PSDB, a costa del PMDB. En ese mismo años, los hacendados asesinaron a “Chico Méndez”, líder del movimiento que agrupa a los seringueiros (extractores del caucho), y a núcleos indígenas del Amazonia, con el objetivo de frenar la original lucha de aquel líder cuya consigna era evitar el desmantelamiento de la Selva y la reivindicación de los derechos por el trabajo sin destrucción del ecosistema.

En noviembre-diciembre de 1989, se realizaron las primeras elecciones directas para la presidencia de la República en veintinueve años. Cerca de ochenta millones de electores concurrieron a las urnas, en la primera vuelta fueron los más votados Fernando Collor de Mello, candidato de las fuerzas

Conservadoras y Luis Inacio “Lula” Da Silva, líder del Partido de los Trabajadores.

Collor de Mello, un político joven que hizo su carrera a la sombra del régimen militar, resultó electo en la segunda vuelta con el 42.75 de los votos válidos, contra el 37.86 de su oponente. Al año siguiente el presidente anunció un Plan Económico llamado “Plan Brasil Nuevo”, en un intento para contener el espiral inflacionario. Además de ello adoptó el modelo neoliberal de apertura de la economía, con la privatización de empresas estatales y la reducción de barreras arancelarias para el ingreso de productos extranjeros, fracasando en la contención de la inflación y produciendo recesión y desempleo.

Junto al complejo panorama económico, el gobierno debió enfrentar una crítica situación social y el aumento notorio de la violencia. En 1991, en Río de Janeiro, más de trescientos cincuenta niños de la calle fueron asesinados; una investigación calculó más de cinco mil menores muertos de la misma forma en el país en el lapso de tres años. La misma investigación mostró la persecución de niños sin hogar, calculando en siete millones; los mismos eran ejecutados por grupos para policiales financiados por comerciantes.

En septiembre de ese año, miles de personas pertenecientes al MTS (“Movimiento de los sin tierra”) de Brasil organizaron una marcha en el Estado de Río Grande del Sur, donde existían 150 mil familias de trabajadores rurales sin tierra y nueve millones de hectáreas improductivas. La protesta exigió además de asentamientos para trabajar, que se emplearan cuatro mil setecientos millones de cruzeiros para la reforma agraria, de los cuales sólo se habían utilizado ochocientos. A finales del 91, la inflación era del 400% y los despidos masivos en el sector industrial solamente en San Pablo dejaron sin trabajo a más de un millón de personas.

En mayo de 1992 se formó una Comisión Investigadora Parlamentaria, con el objeto de estudiar

la corrupción dentro del gobierno; las enormes manifestaciones populares contra la corrupción y la aparición de pruebas que implicaban a nuevas figuras políticas en las maniobras, llevaron a todos los partidos a votar a favor del juicio político al presidente. Hacia diciembre del mismo año, el senado encontró culpable a Collor, condenándolo a perder su mandato y la suspensión de sus derechos políticos hasta el año 2000.

Para entonces, asume la presidencia el vice, Itamar Franco, el cual intentó imprimir a su gestión una imagen de austeridad y ética a los manejos públicos. Luego de varios cambios en el ministerio de hacienda, fue designado como titular Fernando Henrique Cardoso.

La democracia de Fernando Henrique Cardoso

La pobreza subsistía en el país, provocando acciones violentas como, por ejemplo, la muerte de reclusos en el presidio de Carandirú, las cuales fueron reprimidas por la policía en forma cruenta. Existían en el medio rural, quince mil cuarenta y dos trabajadores esclavos, el triple de lo registrado en el año anterior. Como respuesta, organizaciones de izquierda, como Acción Ciudadana contra el Hambre y por la vida, iniciada por el Sociólogo Herbert de Souza, creó en el país decenas de miles de comités autónomos que recolectaban y distribuían alimentos, a la vez que procuraban fuentes de trabajo. Este movimiento involucró a millones de personas, en donde las amas de casa, los movimientos religiosos y sindicales, tuvieron un papel central.

A finales de 1993, Cardoso presentó el “Plan Real” con el objetivo de estabilizar la economía, que terminó con los ajustes monetarios automáticos e implantó una nueva unidad monetaria llamada Real. El éxito antiinflacionario del Plan convirtió al gestor en el candidato más popular de las elecciones de octubre, derrotando a Lula que, hasta poco antes, aparecía como favorito en las encuestas.

Cardoso continuó con el proceso de privatización de empresas estatales, incluyendo parte de las actividades de PETROBRÁS y de las telecomunicaciones, mas la recesión económica comenzó a acompañar la estabilización, registrándose un incremento del desempleo con el consiguiente aumento de la conflictividad sindical-urbana, la delincuencia y la ocupación de tierras por campesinos pobres.

Según estadísticas divulgadas en 1995, el 10% de la población brasileña concentraba el 48% de los ingresos, cuatro veces más de lo que gana la mitad más pobre del país. Según el BM, en 1997 el 0.83% de los propietarios detentaba el 43% de las tierras cultivables. Ese mismo año el Parlamento aprobó una reforma constitucional, permitiendo la reelección presidencial.

En octubre de 1988, el presidente Fernando Henrique Cardoso obtuvo el 53.1 % de los votos, superando en más de 20 puntos al candidato del PT, Luis Inacio Da Silva.

Durante el periodo que hemos sintetizado se registró un crecimiento del PT, el cual surgió como tal en las regiones más modernas e industrializadas, extendiendo su influencia hacia las regiones de mayor desarrollo económico y social, especialmente la región Sur: “a partir de las elecciones de 1989 se transformó en fuerza nacional, empezó a penetrar con mayor fuerza en la región Norte y en la Centro Este, principalmente en estados que pasaron por procesos de modernización acelerada y autoritaria. En las elecciones de 1998, si bien mantuvo desempaños electorales superiores en la región Sur y Sureste, obtuvo adhesiones electorales bastante proporcionales en todas las regiones. Este proceso de nacionalización del partido, fue una novedad histórica respecto a las tradiciones de izquierda precedentes”.²¹

El segundo gobierno de Cardoso, estuvo signado por su capacidad de liderazgo, sobre todo manteniendo su imagen externa y con ello, colocando

al Brasil en la escena mundial. Entre otros aspectos debemos resaltar la continuidad en el proyecto de regionalización MERCOSUR.

Bajo su presidencia se llevó a cabo la aplicación de políticas de libre mercado, sumadas a las necesidades de equilibrio fiscal. También prosperó, en cierto sentido, una reacción contra el espíritu “asegurador” de todo derecho de la Constitución de 1988, más a tono con la consolidación democrática y la estabilización económica. Esto generó un amplio flujo de reformas tendientes a “racionalizar” la constitución como marco institucional de un país liberalizaba su economía.

Este proceso no se llevó a cabo sin turbulencia política, aunque Cardoso logró hacer aprobar una serie de enmiendas en el sentido mencionado, mediante la estructuración de coaliciones parlamentarias de apoyo a las enmiendas o reformas de la constitución. Los precios políticos no han sido bajos. Disminución de popularidad, revelación de escándalos, corrupción y pérdida de confianza pública son parte de tales precios.

En otros términos, la adaptación constitucional del Estado al Mercado en Brasil ha sido realizada en un marco democrático, pero políticamente turbulento. Esto quizás se deba también al fenómeno de la “urgencia”. Urgente fue mantener la estabilidad política para no afectar al crédito internacional de un país que poseía y posee una de las mayores deudas externas del planeta. Urgente fue evitar la inflación que tantos estragos causó en el pasado; por otro lado, fue urgente devaluar cuando la recesión internacional llevó al Brasil al borde del abismo económico en 1999. Urgente fue la tarea de paliar los estragos causados por la pobreza y la marginalización social, que generaban crimen, drogadicción, prostitución, pero también movimientos como el de los “Sin Tierra”. Urgente era impedir el crecimiento del desempleo y para ello mantener condiciones de crecimiento económico. Dichos problemas no fueron

resueltos, confirmando que la relación crecimiento-desarrollo no es unívoca.

En octubre del 2002 se realizó la primera vuelta en la disputa presidencial. El PT logró el 46.4 de los votos, lo cual impidió su triunfo en esta instancia, pese a la esperanza de sus militantes sustentada en el crecimiento continuo avizorado por las encuestas.

Fueron cuatro los contendientes de dicho episodio; por un lado, el candidato "oficialista" José Serra del partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) que logró el 23.2% de los votos; por otro lado, Anthony Garotinho (PSB) obtuvo el 17.9% y Ciro Gómez (PPS) el 11.9%. "A lo largo de la campaña, los cuatro candidatos optaron por definir su espacio político entre la oposición clara y franca (Lula, Garotinho y Ciro), y la distancia con el gobierno (Serra). La posición adoptada por Serra de "ser y no ser" una alternativa de continuidad con el gobierno anterior, le generó una situación difícil y ambigua en la disputa presidencial".²²

La segunda vuelta, que enfrentó a Brasil con un sistema inédito de voto electrónico en todos los estados y municipios del país, concitó la presencia de ciento quince millones de electores. El mecanismo permitió conocer los resultados con una rapidez inusitada. La campaña electoral estuvo fuertemente centrada en las personas y no en los partidos; dando el triunfo a Lula Da Silva con un 61.3% de los votos, algo más de cincuenta y dos millones de electores. Si bien la votación fue muy importante, se mantuvo en el piso de las intenciones de votos registradas en las encuestas, mientras que su adversario José Serra votó por encima del piso previsto por las mismas, logrando un 38.7%.

Durante la campaña Lula criticó la política económica de Cardoso. Pese a ello, las diferencias en los programas de ellos no eran tan marcadas como las que cabría esperar de la polarización de ambos líderes. Da Silva enfatizó su condición de negociador, lo que le permitiría constituir un gran pacto social,

manifiesto en la fórmula presidencial encabezada por un obrero y un empresario (José Alencar).

A dos años de la contienda, parecería ser que las condiciones estructurales de Brasil marcan una continuidad que se ha impuesto a las declaraciones programáticas e ideológicas del PT.

El nombramiento del ministro de economía, Antonio Palocci, implica la priorización del equilibrio macroeconómico en función de las exigencias de las instituciones multinacionales; con la consabida obediencia al pago de la Deuda Externa. Esto ha impedido las posibles rupturas para la construcción de un modelo de desarrollo inclusivo. Esto es evidente en el retraso, cuando no el incumplimiento, de puntales programáticos, como por ejemplo el programa "Hambre 0", la distribución de la tierra, o la disminución en las brechas de ingresos y concentración de la riqueza. A esto le debemos sumar los problemas de corrupción recientemente denunciados, los cuales generan crisis de legitimidad al desgarrar los sustentos éticos de la izquierda brasileña. Esto es catalogado por José Serra, (quien triunfó en uno de los bastiones históricos del PT, San Pablo, frente a la candidata del PT Martha Suplicy), como "trivialización del mal", argumento que retoma nada menos que de Hanna Arendt.

En la actualidad, pese a que el partido gobernante reafirma como su candidato al actual presidente Lula, algunos analistas políticos dudan que la reelección sea posible, debido a la unidad que sostiene la derecha y la centro derecha y el papel de difusión y generación de opinión que están cumpliendo los medios masivos de comunicación. Parecería ser que el tiempo de recambio ya agotó su funcionalidad, y los sectores antes de tibia alianza con el gobierno de coalición, buscan recuperar su protagonismo político.

Cuadro 7. Votación de los partidos en elecciones mayoritarias a cargos ejecutivos en Brasil
(% votos válidos por legenda partidaria, 1989-2002)

Elecciones generales a presidente 1a vuelta	1989 Presidencia	1994 Presidencia	1998 Presidencia	2002 Presidencia
Izquierda				
PT, más coalición	17,2	27,0		46,4
PDT	16,5	3,2		
Coalición PT – PDT			31,7	
Coalición PPS – PDT – PTB				12
PSB más coalición			11	17,9
Centro				
PMDB	4,7			
PMDB-PSD		4,4		
PSDB	11,5			23,2
Coalición centro-derecha		54,3 (*)	53,1(*)	
Derecha				
PL	4,8			
PTB	0,6			
PDS-PPR	8,9	2,7		
PRONA		7,4		
PRN (PST-PSL)	30,5			

Fuente: elaborado por Miguel Serna en base a TSE

(*) suma los votos coalición electoral del PFL y PTB en 1994 más los de PMDB, PPB en 1998.

Nota: Se excluyen los partidos que recibieron menos del 2% de los votos

74



Cuadro 8. Porcentaje de bancas obtenidos por los Partidos en la
Cámara de Diputados en Brasil (1982-2002)

	1982	1986	1990	1994	1998	2002
Izquierda	6.5	8.2	19.3	21	21.3	31.3
PT	1,7	3.3	7	9.6	11.3	17.7
PDT	4,8	4.9	9.1	6.6	4.9	4.1
PSB			2.2	2.9	3.7	4.3
PC do B			1	1.9	1.4	2.3
PPS						2.9
Centro	41,8	53.4	29.1	33.0	35.5	28.2
PMDB	41,8	53.4	21.5	20.9	16.2	14.4
PSDB			7.6	12.1	19.3	13.8
Derecha	51,8	36.7	49.2	35.9	40.5	37.4
PDS-PDC(*)-PPR-PPB	49,1	7.8	12.7	10.1	11.7	9.6
PFL		24.2	16.5	17.3	20.5	16.4
PRN			8			
PTB	2,7	3.5	7.6	6	6	5.1
PL		1.2	3.2	2.5	2.3	5.1
PSC			1.2			
PRONA						1.2
Total de bancas	100%	100%	100%	100%	100%	100%
	(479)	(487)	(503)	(513)	(513)	(513)

Fuente: Elaborado por Miguel Serna en base a TSE, Nicolau (1998)

Observación: se consideran aquellos partidos con más del 1% de bancas

(*) El PDS se funde con el PDC en 1993

El papel de la izquierda en Brasil

El PT fue fundado en 1980, en plena crisis.

La estrategia fue entonces el socialismo, dada la evaluación de la imposibilidad de que se llevara a cabo un proyecto nacional burgués con hegemonía de la burguesía brasileña y sus socios mayores, la burguesía trasnacional.

En 1989, en el 6to. Encuentro Nacional del PT, consideró la conquista del gobierno como una parte decisiva del proceso de acceso al gobierno y ejercicio del poder del Estado, realizando reformas y respaldándose en el apoyo popular.

Ya hemos reseñado las distintas luchas políticas que se sucedieron, y en las cuales la burguesía generó

las alianzas necesarias para continuar en el ejercicio del gobierno y el poder.

Como señala Walter Pomar²³: “Unificada y aprovechándose de los errores cometidos por la izquierda (entre los cuales se destaca la débil oposición al gobierno de Itamar Franco, bajo cuya cobertura fue elaborado el plan Real y formada la alianza que eligió a Fernando Enrique Cardoso), la burguesía impuso una dura derrota electoral y política a la candidatura del Frente popular...” “Con la victoria de Caradoso, en 1994, la burguesía pasó a disponer de una dirección orgánica y comprometida con el proyecto neoliberal”.

Se aplicará entonces el proyecto llamado Tucano-Pefelista,²⁴ el mismo se articuló en torno a la atracción de capitales extranjeros. De hecho, la mayor dependencia financiera y tecnológica del país del capital internacional y el debilitamiento de la intervención del Estado, provocan mayor crisis estructural en la sociedad brasileña; señalamos particularmente que el aumento de la productividad se hizo a costa del desempleo, la baja salarial y el desmantelamiento de muchos sectores productivos brasileños.

Los pobres, dejados a su suerte, son catalogados de “antisociales”, generándose una “Guerra Civil” encubierta por el formalismo democrático.

76 Se da entonces situaciones paradójicas. Sectores de la burguesía brasileña, al mismo tiempo que se comprometen con el neoliberalismo, buscan alternativas para sobrevivir a la “globalización”, resurgiendo corrientes neo keynesianas. Estos sectores encontrarán eco en los sectores medios y también entre expresiones de izquierda.

En los comienzos del año 90, el debate ideológico se centró en el tema de la crisis del socialismo, tema que abarcó la discusión a nivel mundial. Importantes sectores de la izquierda consideraron que la hegemonía liberal había llegado para quedarse por largo tiempo, sin embargo, desde el 95, –recordemos la crisis de México– hay un cambio en la situación internacional que repercute en Brasil, poniendo en tela de juicio la posibilidad del modelo de desarrollo implantado.

Fue en ese contexto, como hemos señalado, que luchan por el gobierno Fernando Henrique Cardoso, Luis Inacio Lula da Silva y Ciro Gómez

Fernando Henrique era el candidato oficial de las clases dirigentes; Ciro Gómez, el portavoz de los sectores disidentes del gobierno, en especial recordemos a aquellos empresarios que debieron vender su patrimonio a los capitalistas internacionales, o aquellos que no obtuvieron las ganancias prometidas con las privatizaciones, y a los pequeños

y medianos productores sobrecargados de impuestos en un proceso de apertura comercial.

La candidatura de Lula fue lanzada por un frente compuesto por el PT, por el Partido Socialista de Brasil, por el Partido Comunista Brasileño, por el Partido Democrático Laborista de Leonel Brizola y por el partido Socialista Brasileño de Miguel Arraes.

El frente que apoyó a Lula no se reprodujo en la mayoría de los estados; en muchos de éstos, los partidos de izquierda apoyaron candidaturas del Partido Progresista Brasileño (de Paulo Maluf), del Partido del Frente Liberal (de Antonio Carlos Magalhaes), del PMDB y del propio PSDB (de Fernando Enrique). El caso más paradigmático fue el de Maranhao, donde el PT lanzó su propio candidato, mientras que el Partido Comunista y el Socialista de Brasil apoyaron la reelección de Roseane Sarney (PLF) y el PDT apoyó la candidatura de Epitacio Cafeteira del PPB.

Esto muestra a las claras que la crisis económico social no se concretaba a nivel político sino una tímida y contradictoria oposición popular. La consabida consecuencia fue el triunfo de Fernando Henrique Cardoso.

Sin embargo es dado recordar que en el inicio de la campaña presidencial de 1989, ni la mayoría del PT, ni la dirección política avizoraban perder las elecciones.

Luego de la derrota del 94, sectores el PT evaluaron la necesidad de un cambio de estrategia, que incluyó el abandono de la táctica de polarización directa entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas democrático-populares y socialistas

Cuatro años después, precisamente en mayo de 1998, la candidatura de Lula será definida, en un Congreso Extraordinario, como de centroizquierda.

Sin dudas, este fenómeno, que primó entonces, constituyó las bases del triunfo de Lula en el 2002.

Las divergencias estratégicas apenas esbozadas son de larga data.

En los años 80, el PT hegemonizó la construcción del polo socialista, con una postura basada inicialmente en un fuerte sentimiento de independencia de clase que, paulatinamente, evolucionó al rechazo de la etapa democrático nacional propuesta por el PCB y el PC de Brasil.

A pesar de las fuertes divergencias ideológicas, tácticas y de concepción de partido, el PT mantuvo en general una postura unitaria que permitió capitalizar expectativas.

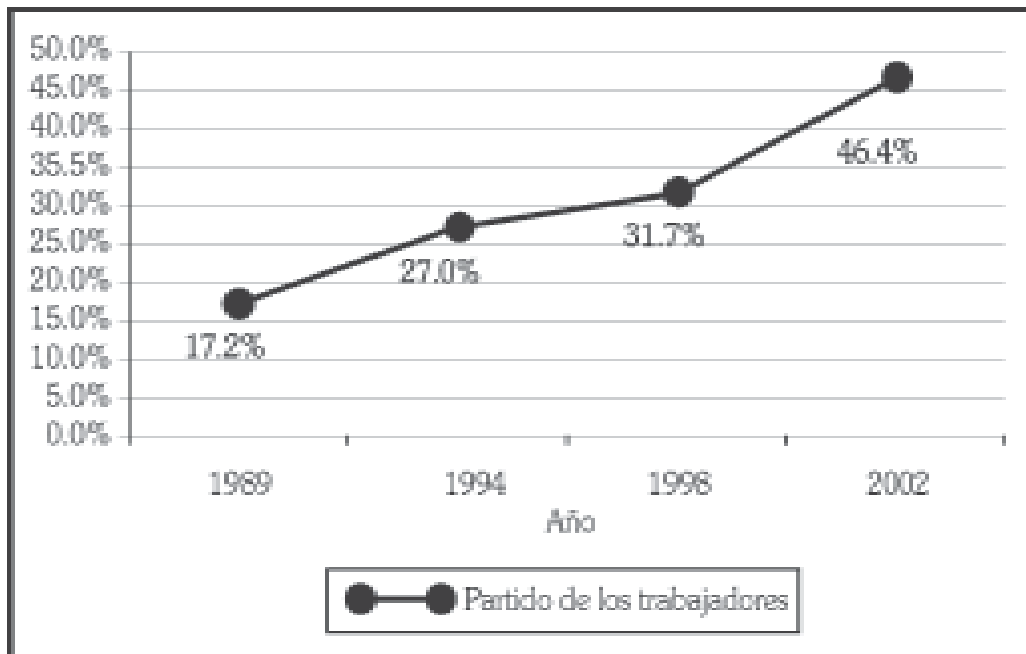
A partir del 92 el sector moderado del PT comenzó a construir lo que se llamó “política de centroizquierda”, con abdicación de algunos

principios del periodo fundador: independencia de clase, el socialismo, etcétera.

En abril del 2002, Lula triunfa con el 61.3% de los votos.

Dicho triunfo implicó la “pasteurización” del discurso, la alianza con sectores del empresariado como forma de dar seguridad al *establishment*. Las propuestas electorales chocaron rápidamente con el FMI, priorizándose, finalmente, el cumplimiento del pago de la deuda externa. Ello ha creado tensiones dentro del PT, agudizándose las ya señaladas disidencias.

Gráfico 3. Evolución del Partido de los Trabajadores en Brasil 1989-2002



La izquierda en las derivas de la historia uruguaya

A la inversa de lo sucedido en Argentina, a lo largo del siglo XX la izquierda uruguaya ha tenido una presencia permanente en la vida política nacional.

En las primeras seis décadas del siglo, tanto el Partido Socialista como el Comunista y más allá de los matices de sus propias diferencias ideológicas, desarrollaron su accionar parlamentario sobre dos grandes ejes: por un lado fijaron permanentemente posición sobre los diversos aspectos de la política exterior uruguaya, por otro, y sin duda el más relevante, se ocuparon de mostrar las limitaciones que tenía la puesta en marcha del modelo de bienestar de la primera mitad del siglo, así como, denunciar los desvíos que se producían en la clase política controlada por los partidos tradicionales. El peso electoral de los partidos de izquierda no fue en este periodo significativo, entre ambos sectores de izquierda nunca lograron tener más de dos escaños en el Senado.

La incidencia de la izquierda sí fue mucho más importante en la conformación del movimiento obrero uruguayo, mediante la participación en sindicatos de corte clasistas. En una sociedad donde existió una fuerte integración social, los sindicatos, si bien controlados en su gran mayoría por dirigentes de izquierda, recibían el respaldo de gran parte de los votantes de los partidos de centro y de derecha.

Luego de la crisis del batllismo: La política desarrollista

Como es sabido, en el Uruguay los dos partidos tradicionales, nacidos con la independencia, sobrevivieron desde la sociedad “pastoril y caudillesca” a la urbana y de servicios del siglo XX.²⁵

Particularmente el batllismo se modeló como partido moderno²⁶ en estrecha vinculación al Estado. La participación directa en el gobierno de los poderes dominantes económicamente se fue reduciendo y

emergió la política como práctica profesional, de forma tal que la “clase política” desarrollará intereses propios.

Es justamente desde el Estado que se promoverán cambios en relación con la economía, el proceso de industrialización, la política cambiaria y fiscal, las políticas sociales y la legislación laboral.

Mientras en la Argentina la prosperidad económica que se vivió, con momentos de mayor auge que otros, desde 1905 a 1920, benefició a los gobiernos conservadores/oligárquicos, la misma coyuntura en Uruguay favoreció al batllismo. Esto significa, como lo señala Panizza que “mientras Yrigoyen estaba luchando por el poder, Batlle estaba actuando desde el poder”,²⁷ con las implicaciones que ello tiene en torno a las dificultades que los radicales tuvieron, una vez llegados al gobierno, para desarticular la relación oligarquía/ aparato estatal, la cual, dicho sea de paso, no fue del todo doblegada.

Si el primer batllismo se caracterizó por llevar adelante la tarea conjunta de democratización y modernización en un mismo periodo histórico, el segundo puede ser definido como un intento de restauración de aquel modelo, pero en un contexto de ocaso de la hegemonía británica y consolidación de la norteamericana, resultante –en parte–, del triunfo aliado y la posterior constitución de la “Guerra Fría”.

Fue la industrialización el sostén económico sobre el cual anclaría el neobatllismo. Entre 1945 y 1946 la tasa anual de crecimiento fue del 8%, mientras que en EEUU era del 3%, 5.5% en Europa, y en la Unión Soviética un 8%.

Durante la presidencia de Luis Batlle Berres (1947-1955) se consolida el “modelo de sustitución de importaciones”, sostenido por las divisas que seguían llegando principalmente de los excedentes de las exportaciones agropecuarias.

En lo ideológico, orden y justicia social fueron –al decir de Panizza– elementos claves, donde, y a

diferencia del primer batllismo, la armonía de las clases no era considerado un fenómeno natural sino producto de la mediación estatal.

El objetivo de la mediación era evitar el “capitalismo injusto”. Pese a este discurso, los trabajadores no eran interpelados en cuanto su identidad de clase, sino en cuanto ciudadanos, cuando no como potenciales militantes colorados.

El “modelo reformista”, aplicado desde el Estado continuó, no sin altibajos, hasta mediados de los cincuenta.

Los comienzos del autoritarismo

Para entonces, factores externos e internos concurrieron para que finalmente, en 1958, el Partido Nacional desplazara a Luis Batlle, quien durante el interregno 1955-1959 fuera presidente del Consejo Nacional de Gobierno.

Entre los factores externos debe destacarse la caída en la demanda de los productos latinoamericanos, la caída de los términos de intercambio, la creciente intervención estadounidense en forma directa y el comienzo de la escalada en el endeudamiento externo. A nivel interno es dado señalar el viejo problema estructural del sector ganadero, al que se le suma el agrícola; la falta de innovación tecnológica, el mercado interno pequeño, la falta de visión empresarial, etcétera.

Las viejas prácticas consensuales llegaron a su fin, multiplicándose los conflictos entre los sectores industriales y ganaderos²⁸ –que constituían el bloque en el poder–, y los sindicatos obreros. Se inicia una puja por la redistribución frente a un Estado que va perdiendo su capacidad de arbitrar. Las luchas particularistas toman primacía en la escena ante la imposibilidad de reconstruir un proyecto de cuño nacional.

Con la victoria nacionalista Herrerista y aún más la del ruralismo, retorna el sector ganadero en su intento de ejercer su hegemonía, aunque los resul-

tados demuestran nuevamente su incapacidad para pasar de “clase dominante” a “clase dirigente”, es decir, hegemónica.

Algunas cifras resultan ilustrativas: entre los años 1959-1960 mientras el costo de vida aumenta en un 38.5%, afectando principalmente a los asalariados urbanos, el precio de la tierra se triplicó, el precio del ganado en pie subió de 60 centésimos el kilo a más de dos pesos y se duplicó el ingreso de los estancieros por la venta de lana. Esta tendencia, sin embargo, no duró mucho, entrando en declive luego del 60.

Signó el periodo un rumbo liberalizador en la conducción económica²⁹ que se plasmó en diciembre del 59 con la Ley de Reforma Monetaria y Cambiaria. Un año después se firmará la primera carta de intención con el FMI.

Los resultados de este primer gobierno blanco arrojaron déficit en la balanza comercial y la de pagos, el crecimiento del PBI fue menguado, creció la desocupación, no hubo recuperación del salario real, aumentó la deuda externa y se incrementó la actividad económica especulativa.³⁰

La segunda presidencia blanca (1962), a pesar de algunos intentos por superar la ortodoxia fondomonetarista, no arrojó resultados más promisorios. Espiral inflacionaria, estancamiento, aumento de la actividad financiera especulativa que devino en crisis bancaria –recordemos la quiebra del Transtlántico y el Regional–, y nueva orientación hacia el FMI.

Este año marca una nueva reforma constitucional con regreso al presidencialismo y aumento de las facultades del ejecutivo.

Será el partido colorado quien en 1967 asuma el gobierno, llevando al Ejecutivo al Coronel Gestido; su muerte, el seis de diciembre de 1967, dio paso a la figura del hasta entonces vicepresidente: Jorge Pacheco Areco, quien en 1968 constituye lo que dio a llamarse el “gabinete empresarial” a quien Vivían Trias calificaría de “gabinete de latifundistas y banqueros”.

El Pachecato marca el comienzo de la conducción autoritaria enmascarada con la legitimidad que da el proceso electoral en un país históricamente dado a constituir su identidad en función de su participación en cuanto ciudadano.

Gobernará bajo medidas prontas de seguridad y por decreto, censurará la prensa y declarará ilegítimo a siete partidos de izquierda. Durante su gobierno morirían tres estudiantes³¹ y dos obreros, costo alto que pagaron los sectores populares por la baja de la inflación que Pacheco logró mediante la congelación de precios y salarios, salarios que incrementaría en su último año de gobierno como estrategia electoral para su reelección.

80 Para entonces el MLN ya incursionaba en acciones de guerrilla urbana. Recordemos algunas fechas claves: febrero de 1969, asalto a la casa financiera Monty; en junio del mismo año vuelan la planta de General Motors en Sayago; el 9 de septiembre secuestran a Gaetano Pellegrini; el 8 de octubre se produce el copamiento de la ciudad de Pando.

Por su parte el movimiento Sindical Uruguayo, –de vieja data, conformado con una fuerte independencia del Estado y ya unificado en la CNT, se opondría a los costos de los nuevos ajustes en una acción reivindicativa rutinaria, con prácticas que por



pertenecer al viejo modelo redistributivo no lograban sino apenas contener la transferencia de la crisis hacia ese sector. En tanto el movimiento estudiantil, articulará sus reivindicaciones a nuevas prácticas: contracursos, ocupaciones, manifestaciones, uso de cóctel Molotov.

Sin dudas se está frente a una crisis de identidad producto de la combustión de los mecanismos articuladores que permitieron caracterizar la sociedad uruguaya de “hiperintegrada” o “amortiguadora”.

En este clima se producen las elecciones del 71 y donde la ciudadanía se pronuncia contra la reforma constitucional que propone la reelección. No obstante, apoya a Juan María Bordaberry, quien llega al gobierno –ley de lemas mediante–, con un 41% del electorado, frente a algo más del 40% del partido Nacional, y el 18.3% del Frente Amplio, nueva coalición de izquierda liderada por el hoy fallecido General Liber Seregni.

Strictu sensus, a Bordaberry sólo lo acompañó el 22.8% del electorado, mientras que Wilson Ferreira Aldunate, candidato del partido Nacional, obtendría el 26.5% de los votos.

El 27 de junio de 1973, las Fuerzas Armadas, quienes desde el 71 tenían a su cargo la lucha antisubversiva, “dan el golpe de Estado”

Para entonces el Movimiento de Liberación Nacional ya había sido militarmente derrotado y no constituía un enemigo potencial.

De hecho, el golpe de Estado fue dado en dos etapas. En la primera, y previa crisis institucional debido a la no aceptación por parte de las Fuerzas Armadas del General Francese como Ministro de Defensa, el presidente de la República firmará el llamado “Acuerdo de Boisso Lanza” por el cual crea el Consejo de Seguridad Nacional, integrado por mandos militares y con la atribución de sostener la seguridad para generar desarrollo en la Nación. En la segunda, Bordaberry decretará la disolución de las Cámaras.

Frente a la situación, la sociedad civil no logra, o no quiere, organizar una respuesta unificada. Algunos sectores de la izquierda vieron en los comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas la posibilidad de un contragolpe progresista al estilo Velasco Alvarado. La huelga que llevó adelante el movimiento sindical fue quebrada en pocos días, 15 para ser precisos. El 11 de julio la CNT resuelve el levantamiento. Por su parte el movimiento estudiantil desalojó los locales de la universidad ante la amenaza del uso de la violencia del entonces General Ministro Bolentini. El 8 de octubre la institución sería intervenida.

Fin de la partidocracia, intensificación de la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Tendrán que pasar 12 años para que, y a través de una salida pactada, comiencen a reconstituirse los mecanismos de funcionamiento democrático, pero en un contexto económico altamente transnacionalizadas, estados nacionales debilitados, y endeudamiento externo que estrangula las posibilidades de desarrollo; a lo que debe agregarse los cambios culturales que deconstruyen las otras identidades nacionales.

Si en 1985, aunque con limitaciones, se recuperó la ciudadanía política, aún hoy las dimensiones sociales y económicas de la misma son rémoras del “Uruguay feliz”.

La izquierda en el Uruguay: un crecimiento lento pero sostenido

A finales de la década del 50 y durante los años 60 el advenimiento de la crisis social y económica generó una polarización de la sociedad uruguaya, lo que implicó cambios en el papel de la izquierda. El antiguo rol testimonial fue sustituido por un creciente protagonismo, al menos en el debate, puesto que comenzó a vislumbrarse una pretensión de modelo alternativo. La revolución cubana, así como otros movimientos insurgentes en América Latina en un contexto de

guerra fría, plantearon la hipótesis de un eventual acceso al poder de las fuerzas de izquierda.

Pero la polarización en los debates fue paralelo al surgimiento de un movimiento de guerrilla urbana que cuestionó un modelo de país, el cual durante décadas pareció indestructible. La crisis social, política y económica comenzó a jaquear toda la cosmovisión de una sociedad que se contemplaba a sí misma como casi perfecta, “la Suiza de América”, “la sociedad hiperintegrada” y en donde los cambios sólo eran posibles como consecuencia de la inercia de los lentos procesos de transformación que vivió el país.

Rápidamente todo el sistema político se encontró inmerso en un caos al cual muchos se negaron a reconocer, otros no pudieron advertirlo, y lo que fue claro, era que nadie poseía la solución.

En este panorama fue lógico que la izquierda comenzara a articular nuevas formas de organización y de accionar político. Desde una situación de neta oposición al sistema tradicional de partidos, comenzó a gestarse el cambio cualitativo más significativo en la vida política uruguaya de los últimos 130 años. Los partidos de izquierda ya existentes, sectores progresistas de los partidos tradicionales, personalidades independientes, y el Partido Demócrata Cristiano conformaron en 1971 una alianza política denominada Frente Amplio. Fue muy difícil comprender un acuerdo político entre cristianos y comunistas.

Con una propuesta programática de corte rupturista con los modelos tradicionales uruguayos, donde se propuso la reforma agraria, la nacionalización de la banca y la integración latinoamericana para enfrentar los avances del imperialismo capitalista, esta nueva experiencia política generó muchas más dudas que certezas. Se desconocía cuál era el potencial electoral que podía llegar a tener una coalición de esta naturaleza y la viabilidad de su permanencia en el tiempo.

Tras de sí se generó una intensa movilización ciudadana, a la cual se prometió, y al mismo tiempo

se exigió, participación en la toma de decisiones. Se trataba de una nueva forma de organización política que no sólo pretendió diferir de tradicionales en cuanto a su ideología y su programa sino también a su funcionamiento.

En las elecciones de 1971, con una votación del 18% a nivel nacional, se confirmó que la posibilidad de acceder al poder era aún remota. Sin embargo, la izquierda que nunca había tenido más de dos escaños en el senado, pasa a tener cinco. A su vez, el Frente Amplio se convirtió en la segunda fuerza a nivel electoral en el departamento de Montevideo.

Los meses sucesivos a las elecciones tuvieron una intensidad muy particular. Fue un periodo de un fuerte bloqueo político, aumento del autoritarismo y de sucesivos pasos que confluyeron en el golpe de estado de 1973.

La intensidad de este periodo histórico en la vida nacional fue, también, paradójico, pues los partidos políticos tuvieron muy poca capacidad decisional.

El advenimiento del gobierno militar fue una circunstancia que la clase política no supo o no pudo evitar. Una vez producido el golpe de estado en junio de 1973, la suerte de los sectores que conformaban la izquierda fue dispar. Cárcel, clandestinidad y exilio fue el destino de la mayoría de los dirigentes. La masa ciudadana poco podía hacer para resistir los paulatinos avances de la represión militar. La posibilidad de organización como órgano de oposición del Frente Amplio en ese periodo fue caótica. Existieron diferentes mecanismos de coordinación, pero sin un elemento orgánico que pudiera dirigir el movimiento. Poco a poco, tanto en el Uruguay como en el exterior, se comenzaron a realizar diferentes tipos de contactos con sectores democráticos de los partidos tradicionales como forma de coordinar esfuerzos para disminuir la embestida cada vez más represora de las Fuerzas Armadas contra la población.

Estas conversaciones y embriones de acuerdos, fueron los primeros pasos para comenzar a desestig-

matizar a la izquierda en la clase política uruguaya. Representó una revalorización de lo político expresado a través de los propios partidos, en los cuales la izquierda no había estado incluida.

Las pretensiones de los militares de legitimar su modelo de organización institucional se rechazó en el plebiscito de 1980. A partir de ahí quedó claro que, de una manera u otra, la solución al problema institucional habría de pasar por los partidos políticos.

Los militares insistieron en excluir a la izquierda de cualquier modelo de futuro país y convocaron a elecciones internas de sectores de los partidos tradicionales en noviembre de 1982.

Estas elecciones generaron dentro de la izquierda una disyuntiva que aún hoy sigue sin tener una respuesta definitiva: ¿cuál era el camino a seguir? Por un lado se planteó apoyar a los sectores democráticos de los partidos tradicionales; por otro, señalar el perfil propio y la vigencia del Frente Amplio a través del voto en blanco. Esta divergencia a nivel de dirigencia tuvo su espontánea resolución en el voto de la masa ciudadana de izquierda.

En tiempos de semiclandestinidad, combinada con fuerte represión, los canales de comunicación entre la dirigencia y la base, si es que éstas categorías existían, fueron muy difíciles. El electorado de izquierda, en su gran mayoría, libérrimamente se expresó electoralmente de acuerdo a lo que su propia conciencia, niveles de lealtades partidarias, y consideraciones estratégicas le indicaron. El resultado fue doblemente bueno para la izquierda; se conformaron convenciones de los partidos políticos con un claro predominio de los sectores democráticos, que fueron en principio quienes irían a negociar con los militares, y a su vez los resultados del voto en blanco reafirmaron la vigencia del Frente Amplio como organización política.

El desarrollo de los acontecimientos políticos generó paulatinamente que la izquierda fuera tomando cada vez más protagonismo. Las movilizaciones sociales, donde ésta ejercía la hegemonía

de la conducción fueron cada vez más frecuentes. El retiro del Partido Nacional de las negociaciones con los militares obligó a éstos a reconocer al Frente Amplio como fuerza imprescindible para que el acuerdo, al que se llegó con el Partido Colorado, tuviera una legitimidad indiscutida. De ahí en más, tanto para los militares como para los partidos políticos la izquierda fue una realización política que ya no podría volver a discutirse.

Este hecho significó para la izquierda la posibilidad de una ubicación estratégica en la vida nacional. Más allá de los cuestionamientos éticos de lo que representó negociar una salida política con un actor que tenía encarcelados a miles de sus integrantes, fue la primera vez en la historia nacional en la cual la izquierda podía por sí trabar o destrabar

una de las situaciones más delicadas de la vida nacional de todo el siglo.

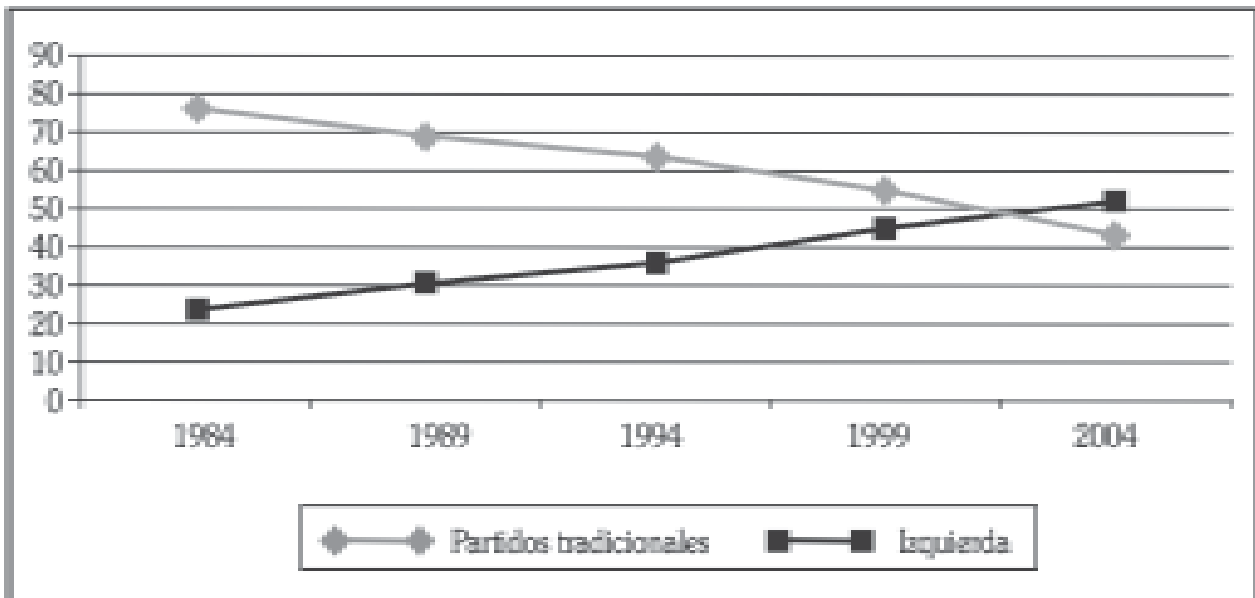
A partir de ese momento la sociedad uruguaya toda aceptó, implícitamente, un lugar –anteriormente negado– dentro del escenario político para la izquierda.

Las elecciones de 1984 marcaron un leve aumento electoral de la izquierda y consolidó su fortaleza en el departamento de Montevideo. En un clima de euforia democrática, la vigencia del Frente Amplio quedó plenamente asegurada, al tiempo que se generó una crisis no de crecimiento sino de reacomodo a la nueva situación del país y a la nueva situación interna. A partir de allí el porcentaje de votos a la izquierda seguirá un comportamiento en aumento sostenido.

Cuadro 9. Elecciones nacionales - porcentaje sobre votos válidos

	1984	1989	1994	1999	2004
PARTIDOS TRADICIONALES	76.2	69.2	63.5	55.1	43.4
IZQUIERDA	23.7	30.2	35.9	44.7	51.7

Gráfico 4. Elecciones nacionales - % sobre votos válidos



Cuadro construido por Eduardo Bottinelli - en base a datos electorales.

El primer periodo democrático tuvo para el Frente Amplio dos grandes polos de atracción, por un lado el ejercicio de la oposición a la política del Poder Ejecutivo de no juzgar a los violadores de los derechos humanos durante la dictadura, y por otro el reacomodo de su propia interna a la luz de los resultados electorales de 1984 y de las sucesivas controversias que se plantearon tanto por aspectos ideológicos como organizativos.

Las elecciones de 1989 encuentran a la izquierda dividida, en dos opciones electorales. No obstante ello a ambas fuerzas políticas los resultados los favorece. El Frente Amplio aumenta levemente su caudal electoral a nivel nacional, pero fundamentalmente logró ganar el gobierno municipal de Montevideo. El Nuevo Espacio, coalición formada por el Partido por el Gobierno del Pueblo y el Partido Demócrata Cristiano y que se definió como socialista democrático, obtiene dos senadores teniendo un porcentaje de votación como nunca antes había tenido ningún partido de izquierda previo a 1971.

Ya desde el inicio de la gestión del Gobierno departamental de Montevideo por parte de la izquierda, se generaron diversos tipos de mecanismos de bloqueos por parte de los partidos tradicionales. Este segundo gobierno democrático trató de

relacionarse menos que el anterior con la izquierda. El Frente Amplio no participó de la dirección de ninguna de las empresas estatales, y sus planes de subsidio del transporte capitalino y de descentralización de la gestión municipal fueron combatidas desde el resto de los partidos tradicionales como nunca antes se había ocupado ningún partido de lo que sucediera en la Intendencia capitalina.

Poco a poco, la figura de Tabaré Vázquez fue creciendo dentro de la interna de los propios frenteamplistas desplazando al General Seregni, líder histórico de la coalición. La segura candidatura a la presidencia de Vázquez hizo que los partidos tradicionales apuntaran sus baterías contra el intendente montevideano intentando disminuir su prestigio.

Las elecciones de 1994 fueron una prueba de fuego para la izquierda. En ellas, no sólo se juzgó la capacidad de gobernar, presunto talón de Aquiles de la izquierda, sino también la capacidad de proyección de sus dirigentes hacia el resto del país. Si bien el Frente Amplio siguió siendo la tercera fuerza electoral, en noviembre de 1994 se produjo un virtual empate entre los tres partidos mayoritarios, y el triunfo en Montevideo de la izquierda fue aún mayor del obtenido 5 años atrás.

Cuadro 10. Elecciones nacionales - porcentaje sobre votos válidos

	1984	1989	1994	1999	2004
Frente Amplio	23.7	30.2	35.9	44.7	51.7
Partido Nacional	35	38.9	31.2	22.3	32.8
Partido Colorado	41.2	30.3	32.3	32.8	10.6
Partido Independiente	-	-	-	-	1.9

Cuadro construido por Eduardo Bottinelli - en base a datos electorales.

Gráfico 5. Elecciones nacionales - % sobre votos válidos

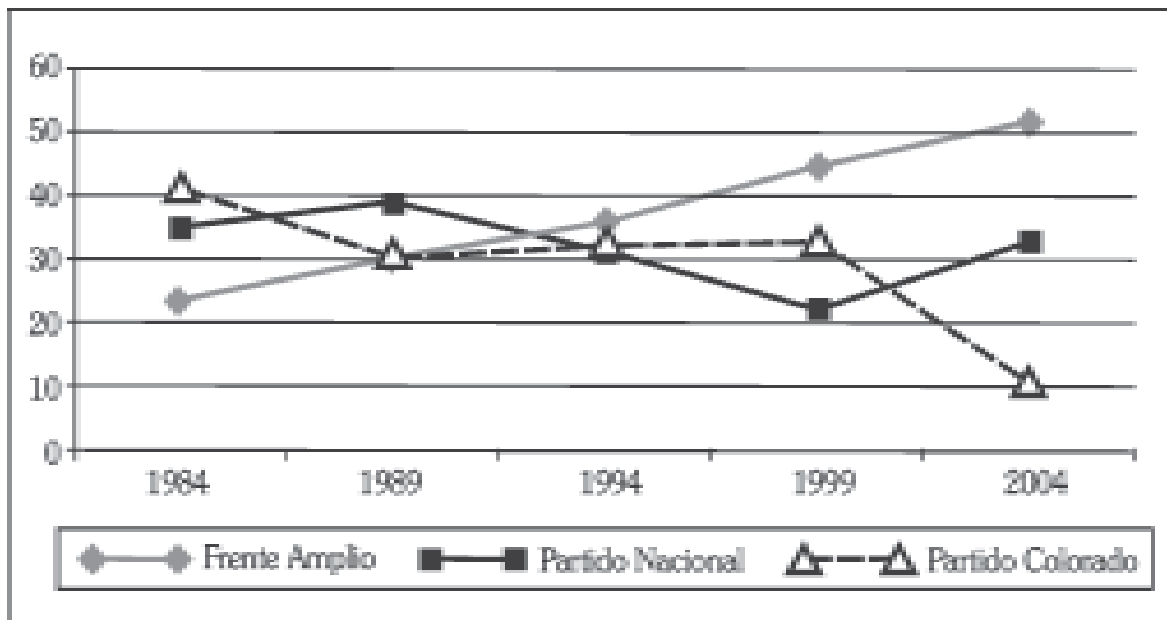


Gráfico construido por Eduardo Bottinelli - en base a datos electorales.

Como afirma Real de Azúa: Uruguay “completó de alguna manera una imagen de país y la consideró aceptable, juzgando, por ende que no tenía razón de hacer ‘otra’ cosa”³². Estas palabras escritas en 1964, resultaron proféticas en 1999. La coalición del Partido Colorado y el Partido Nacional, lograron el triunfo de la fórmula electoral representado por las figuras de Jorge Batlle y Luis Hierro López.

El proyecto de centro derecha logró imponerse al frente de la izquierda captando el voto de los sectores medios, realizando un llamado a la tradición “democrática liberal”, con visos a la continuidad del modelo neoliberal, todavía en pie en esos años. El temor de dichos sectores a cambios económicos abruptos y el bombardeo ideológico que desde los medios de comunicación realizaron los políticos tradicionales produjeron el resultado esperado. A ello, cabe sumarse la falta de respuestas adecuadas, unitarias, pero sobre todo rápidas y eficaces de la izquierda, representada por el Encuentro Progresista-Frente Amplio y de sus principales referentes. Como consecuencia de ello, los resultados electorales de la

segunda vuelta concedieron el triunfo al Partido Colorado con 51.6% de los votos.

La continuación de una política económica que daba muestras de su agotamiento, con la producción de un discurso de ‘cambio’, entendido como proceso de modernización con influencia neoliberal, produjo fuertes ambivalencias y abruptos corrimientos en su estrategia política. Ejemplo de esta contradicción en el seno del gobierno, fue la continuidad de la utilización del Estado, como un gigantesco aparato clientelístico político-partidario y electoral, fruto de la más acabada tradición e identidad partidaria. La agenda política del presidente chocó rápidamente con las necesidades cada vez más acuciantes de una sociedad, a la que los cimbronazos de la crisis afectaba de manera creciente. Aun en temas como los derechos humanos, que se habían transformado en una bandera reivindicativa, el gobierno no sólo no la llevó a cabo, sino que ante la demanda de sectores amplios por “verdad y justicia” reanudó la actitud de encubrimiento y negación.

Llegada al poder de la izquierda

En octubre del 2004, el triunfo del FA no tuvo que disputarse en una segunda vuelta, con el 50,4 % de los votos rompió con las viejas reglas de bipartidismo de los partidos tradicionales. Una ciudadanía esperanzada se manifestó en las urnas y en las calles.

El nuevo gobierno desde su campaña electoral no “prometía milagros”, se sabía que el país estaba

todavía bajo los efectos de la dura crisis del 2002. Sin embargo, en el primer año de gobierno se ha consolidado una credibilidad ante los primeros cambios operados desde el estado. La larga marcha del discurso del cambio se vio consolidada por el triunfo de mayo de 2005 de 8 intendencias de las 19 que conforman el país, lo que representa el 75% de la población y el 85% del aparato productivo.

Cuadro 11. Resultados elecciones municipales 2005

	EP/FA	Partido Nacional	Partido Colorado
Montevideo	58.47	9.95	25.88
Canelones	61.20	26.45	6.35
Maldonado	47.33	45.56	2.89
Rocha	49.35	37.10	8.97
Treinta y Tres	44.69	43.52	8.92
Cerro Largo	33.91	57.59	6.20
Rivera	20.63	26.26	50.04
Artigas	35.30	39.79	22.41
Salto	39.06	36.33	21.24
Paysandú	47.42	43.33	5.99
Río Negro	40.20	49.85	6.92
Soriano	34.32	52.06	9.30
Colonia	33.57	55.01	7.75
San José	33.61	59.52	2.82
Flores	17.80	72.89	7.04
Florida	41.52	40.77	14.42
Durazno	30.74	57.57	7.53
Tacuarembó	21.68	71.41	4.44
Lavalleja	20.33	68.95	6.62

Cuadro construido por Eduardo Bottinelli - en base a datos electorales

El proyecto de cambio en paz, parece haberse consolidado en Uruguay; sin embargo, las herencias del pasado son muy fuertes. La izquierda se encuentra

con una sociedad empobrecida y desintegrada, los desafíos siguen siendo muchos.

Conclusiones

Sin duda, pese a las distancias históricas y societales de Argentina, Brasil y Uruguay, la comparación de las izquierdas de “nueva generación” nos permite señalar ciertas similitudes. Las tres, sin duda, han construido con muchos esfuerzo e imaginación un “electorado de opinión pública”, rompiendo las representaciones simbólicas de los partidos tradicionales, estableciendo rupturas y fraccionalizaciones en el caso argentino, intentos de coaliciones en Brasil, unificándolos en el caso uruguayo.

En este último caso la vuelta a un partidismo es de corte absolutamente distinto, pues rompe con tradiciones muy acendradas. Históricamente hubiera sido difícil predecir un escenario político donde Blancos y Colorados votaran unidos contra el Encuentro Progresista-Frente Amplio.

En Argentina nadie hubiera pensado hace muy pocos años, la posibilidad de un presidente peronista que convoca a lo que se denomina la “transversalidad” como un intento de gobierno progresista.

En Brasil, debido a su particular cultura política, la figura presidencial ha podido mantenerse al margen de las denuncias y pareciera que lo peor del proceso ha pasado, con el consiguiente deterioro de la figura presidencial.

La situación regional, puede explicarse a través de dos dimensiones: A) la flexibilidad demostrada por las organizaciones de izquierda argentinas, brasileñas y uruguayas que lograron readaptarse a los cambiantes tiempos, y crecer sobre la base de principios constitucionales de eficiencia y ética, para de esta manera reconstruir un espacio creíble y de cierta sintonía con las nuevas necesidades de la sociedad. B) el surgimiento en estos países de líderes innovadores que disfrutaban de un gran margen de acción producto de una inserción y una práctica política que les ha permitido permear sitios o lugares inaccesibles para la izquierda hasta este momento.

Pese a los crecientes embates de la derecha que no cesa en su confrontación, a veces solapada y muy directamente otra veces.

Un nuevo modo de conocimiento de la izquierda le otorga la capacidad de captar la creatividad potencial de las situaciones y orientar la práctica social. Esto no significa que el discurso se transforme en una sumatoria de elementos heterogéneos, pero lo cierto es que se ha complejizado la noción de “homogeneidad” del discurso; de cómo construir lo heterogéneo sin perder homogeneidad es el gran desafío para las nuevas agrupaciones políticas. Lograr, asimismo, un formato integrador que unifique pero también ubique en términos de distancia con otros discursos es otro de los desafíos a los cuales están abocados los líderes. Si la producción y práctica de la oposición ha perdido capacidad identitaria y la cohesión es baja, se hace necesario para la izquierda construir un discurso como insumo y producto de identidad-identidades. No podemos pensar, sin embargo, que la coherencia necesaria del mismo implique sólo integración normativa, si no que la idea de conflicto, tensión debe estar siempre presente.

Las políticas contestatarias para esta etapa de la izquierdas han cambiado, sin embargo, a pesar de ser gobierno no se puede negar todo lo hecho, sino que se construye desde lo que se tiene, muchas veces con grandes contradicciones, pese a ello la respuesta a la demanda de Derechos Humanos, o



ciertas políticas sociales, si bien no satisfacen todavía, se mantiene cierta esperanza de recomposición de la política económica, sobre todo en Brasil, donde la deuda social es mayor.

El dilema de las organizaciones es también muy similar. ¿cohesión significa disciplina?, ¿se puede profundizar la institucionalización sobre la base de las agrupaciones existentes?, ¿existe la suficiente flexibilidad a la hora de ampliar la base electoral? Sin duda estas preguntas nos conducen a una nueva situación, la centroizquierda tiene que estructurar sus discursos considerando la tensión entre el contenido del mismo en términos de captación de los movimientos sociales, ya que se observa distintas pérdidas ante la incoherencia de la práctica y el discurso. Esta idea adquiere relevancia a la hora de pensar la política y las propuestas de la izquierda.

Podemos definir la izquierda latinoamericana clásica, remitiéndonos a Mannhein, éste habla de un intelectual libre y flotante que cuestiona desde principios de siglo el proyecto de la modernidad, la crítica se centra especialmente en el énfasis excesivo que dicha modernidad puso en la idea de progreso. El mismo diagnóstico se corresponde a la izquierda criolla, que se ha caracterizado desde la mitad del Siglo XX por una política de tipo sectaria en su práctica. Lo que no significa, como es el temor de algunos sectores el abandono de los principios que dieron origen a esa izquierda. El papel del intelectual, desempeña en este sentido un papel muy importante. En el caso brasileño, se habla críticamente del “silencio de los intelectuales”.

En este sentido queremos abrir una interrogante sobre cómo construir una izquierda coherente donde lo popular y práctica política, históricamente desdeñada pero que, pensada por Gramsci y luego por Laclau, es por nosotros interpretada como lógica social y modo de construir lo político desde una nueva dimensión del análisis de la lucha por la hegemonía y por la formación de identidades sociales, proceso

fundamental para comprender los triunfos y los fracasos de los movimientos populares. De este modo se debería comenzar a pensar en un proyecto político de una “democracia radical en el actual escenario de un capitalismo globalizado”.³³

La problemática que se ha instaurado en los países estudiados implica analizar cómo responder a la demanda popular y simultáneamente responder a los organismos internacionales que requieren políticas restrictivas.

Lograr un equilibrio entre ambas propuestas no es fácil, de su éxito depende que nuestros países cumplan con sus anheladas metas de desarrollo, distribución y equidad.

Para el caso argentino, la atomización del Partido Justicialista ha abierto nuevas alternativas. Por un lado, se ha estructurado un frente de centro- derecha que buscará a futuro aliarse a los sectores representativos de esta corriente, hoy bastante dispersos. Por otro, se ha constituido un sector centro- izquierda, donde el presidente busca alianzas con “sectores progresistas” de otras identidades partidarias. Al decir de Nun, estamos en una instancia superadora en la historia argentina: “el desplazamiento es del eje peronismo –antiperonismo, que fue tan dañino para la política argentina del último medio siglo, hacia un eje que hoy parece muy superior, que es el eje centro izquierda– centro derecha.”

El caso brasileño ofrece situaciones dispares, el creciente pragmatismo que fue la nota de la campaña de Lula, se acentuó en las medidas tomadas desde el gobierno. El presidencialismo de Brasil, estuvo siempre acompañado por la necesidad del acompañamiento de un parlamento muy fraccionalizado, para lo cual el presidente en ejercicio tuvo que establecer mayorías que le permitieran gobernar.

Esto tuvo consecuencias para el PT, el cual en búsqueda de alianzas, recurrió a los métodos tradicionales de asegurar los votos por los medios mas incompatibles con su tradición partidaria. La

denuncia por corrupción invadió los ámbitos de la sociedad brasileña, produciendo un profundo desasosiego. Las banderas tradicionales de la transparencia y la ética, se vieron afectadas ante las denuncias públicas, agravadas por el uso que de ellas hicieron los medios de comunicación, y por supuesto los sectores desplazados.

Por otro lado, la territorialización histórica de la política brasileña, con zonas manejadas por caudillos que controlan inmensos territorios dificulta aún más, el control partidario y sus dirigentes, esto también afectó al partido gobernante.

Un tema que afecta a los tres gobiernos de izquierda, es el manejo de los políticos tradicionales en sus áreas de influencia, como asimismo una burocracia heredada que no ofrece indicios de cambio. Transformándose en una rémora cuando no en un enemigo de los gobiernos.

Los temas son muchos, sólo podemos esbozar algunos de ellos, en una síntesis apretada y muchas veces injusta. La amplitud del tema impide mayor capacidad analítica en estas páginas.

A modo de ir concluyendo: La izquierda llega hoy al poder en las democracias del Cono Sur y se enfrenta con nuevos desafíos.

Más allá de las especificidades que se desprenden de cada país, encontramos que la conmoción que ha afectado a la condición salarial –el desempleo masivo y la precarización de las situaciones de trabajo–, a lo que se suma la inadecuación de los sistemas clásicos de estratificación social, han producido un nuevo sujeto social, el “desafiliado”, quien –al decir de Castel³⁴– está imposibilitado de procurarse un lugar estable en las formas dominantes de organización del trabajo y en los modos conocidos de pertenencia comunitaria.

La izquierda defiende una democracia que implica la codificación de un sistema de reglas y de un Estado de derecho; de esta formalidad depende la capacidad misma del sistema de adaptarse y

perdurar. Pero sin duda el sentido de una sociedad no está dado únicamente por un sistema de reglas, sino que es propiedad de las prácticas sociales mediante las cuales esas reglas se interpreta, se negocian y se aplican.³⁵ Adaptarse y perdurar, pero no sin transformar. Para que la democracia formal pase a tener sentido y contenido, se debe garantizar un reclutamiento abierto a través de una verdadera “competencia” en el ámbito popular y no permitir que, como ya decía Real de Azúa³⁶, el poder se gane más fácilmente obteniendo el favor de los que ya lo detentan que el favor del pueblo.

Frente a las propuestas de privatizar al Estado o estatizar la sociedad, habrá que realizar políticas de democratización, tanto de una como de otra; crear ámbitos que puedan asegurar una vida colectiva “activa”, una mayor información, participación y descentralización de las decisiones. La ampliación de la esfera pública, no se da ‘mágicamente’ a través de la desregulación, sino a través de la intervención que combata los procesos de desintegración. Para una democracia fuerte, inclusiva y participativa, la esfera pública debe ser garantizada contra toda “captación” sea de intereses privados, sea inclusive del Estado.

Hasta aquí, hemos intentado dar cuenta de qué ha sucedido con las izquierdas de una parte de nuestro Cono Sur. Las izquierdas que han llegado al poder construyendo su identidad contra sus antepasados conservadores, hoy, han pasado a una nueva etapa, llegan al gobierno y les toca integrar a los sectores siempre postergados, a partir de las transformaciones que se plantearon como metas de su tiempo. Es sabido que algunos de estos sectores construirán su identidad a partir de nuevas “utopías” muchas de las cuales se canalizarán contra la izquierda –hoy visualizada como el oficialismo–; sin embargo, esto presenta un nuevo desafío a la izquierda. Creemos que hoy debe abocarse a mantener las nuevas luchas dentro de su familia ideológica –con esto nos referimos a la familia de izquierda,

entendida como polo ideológico del campo político. Porque de encontrar lugar y canales para defender sus derechos en “otras familias”, pueden aliarse y potenciar los responsables de las aberrantes desigualdades con las que hoy nos encontramos. Consecuencia intrínseca del intento de aplicación de una ideología conservadora, que ha garantizado ventajas de los que se beneficiaron a través de otro modelo.

Al llegar al poder, la izquierda se encuentra con una nueva “encrucijada” y deberá incluir –buscando alianzas– a grupos que muchas veces nuestra historia ha postergado: a los jóvenes, las mujeres, a los no sindicalizados por no poseer trabajo y a las nuevas generaciones que ya hace tiempo vienen de familias excluidas y descreen de toda alternativa política. Creemos que éste es el nuevo desafío, pasar de una identidad *de oposición* a formar una identidad dirigiéndose hacia esos grupos, centrándonos en ellos –en sus nuevos reclamos y sus nuevas protestas– y no sólo en los debates clásicos hacia la oposición.

Esto es: creemos que el pensamiento de izquierda hoy más que nunca se hace necesario y se deberá ahondar en la búsqueda por la igualdad, buscando a través de los caminos que se han abierto desde generaciones pasadas y garantizando la inclusión de los antiguamente postergados en cada uno de nuestros países. Integración interna de nuestras sociedades atomizadas, pero integración también externa hacia nuestra familia “agrandada”: el sueño de un proyecto común latinoamericano.

Tema pendiente: agrandar la historia de “nuestra” familia, integrando las historias de nuestras



“hermanas” izquierdas en Paraguay y por qué no de Venezuela, próxima integrante del Mercosur.

Partiendo de la historia regional, hoy nos preguntamos junto a Bobbio, ¿qué nos aglutina a pesar de nuestras “obvias” diferencias provenientes de razones específicas y contextuales? creemos que es cierto, que ser de izquierda es considerar toda desigualdad con origen social y toda injusticia aberrante.

Bibliografía

- Bobio, Norberto. *Derecha e izquierda*, España, Taurus, 1995.
- Caetano, Gerardo y José Rilla. *Historia Contemporánea del Uruguay*, Montevideo, Ed. Fin de Siglo, 1994.
- Dahl, R. *La democracia y sus críticos*, Buenos Aires-México, Paidós, 1992.
- Dos Santos, T. Bambilla. V en Pablo González Casanova comp. *América Latina: Historia de medio siglo*, México, S XXI, 1988.
- Fausto, Boris. *Historia concisa del Brasil*, México, FCE, 2003.
- Giussani, Pablo. *¿Por qué, doctor Alfonsín? Conversaciones con Pablo Giussani*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires.
- Jameson, F y Zizek S. *Estudios culturales. Reflexiones sobre multiculturalismo*, Buenos Aires-México, Paidós, 1998.
- Olesker, Daniel. *Crecimiento y Exclusión: Nacimiento consolidación y crisis del modelo de acumulación capitalista en Uruguay (1968-2000)*, Trilce, Uruguay, 2004.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*, México, FCE, 2005.
- Malloy. “Política económica e o problema da governabilidade democratica”, en *Sola*, 1993.
- Moreira, Constanza y Borsani, Hugo. *Un Brasil distinto emerge de las urnas*, Brecha, Montevideo, 2002.
- Munck, Gerardo. “La desagregación del régimen político: problemas conceptuales en el estudio de la democratización”, en revista *Agora*, a. 3, n.5, invierno 1996.
- Novaro M. *pilotos de tormenta. Crisis de representación y personalización de la política 1989-1993*, Buenos Aires, Editorial Buena Letra.
- Nun, José. *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos*, Buenos Aires-México, FCE, 2000, p. 39 y sig.
- _____. Reportaje, en Revista *Debate*, n. 138, Buenos Aires, noviembre del 2005.
- Portantiero, JC. “La crisis política Argentina en el marco de la globalización”, en Fazio, Horacio. *La política en discusión*, Buenos Aires, Manantial, 2002.
- Pomar, Walter. *El PT del Brasil: Historia, crisis, perspectivas*, www.po.org.ar/edm/edm21/elptde.htm Octubre 98
- Serna, Miguel. “As mayorías silenciosas na redemocratização no Uruguay”, en Baquero Marcello. *A construção da Democracia na América Latina*, Brasil, Editora da Universidade, 1998.
- _____. *Reconversão democrática das esquerdas no Cone sul. Trajetórias e danos na Argentina, Brasil e Uruguay*, Brasil, Edusc. Anpoc., 2004.
- Real de Azúa, Carlos. *El impulso y su freno: tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*, Ediciones de la Banda Oriental, 1964.

Notas

- ¹ Bobio, Norberto. *Derecha e izquierda*, España, Taurus, 1995, p. 36 y sig.
- ² Jameson, F y Zizek S. *Estudios culturales. Reflexiones sobre multiculturalismo*, Buenos Aires-México, Paidós, 1998. pp. 181 y 182.
- ³ Tomamos este término en el sentido que le da Luhman en su libro *La sociedad del riesgo*, es como uno de los componentes del código binario: gobierno, oposición.
- ⁴ Lo que Daniel Olesker llama un modelo: "liberal, concentrador y excluyente" sobre el cual se da un crecimiento económico (de algunos sectores), pero también una creciente exclusión económica, social y política (de otros). Daniel Olesker. *Crecimiento y Exclusión: Nacimiento consolidación y crisis del modelo de acumulación capitalista en Uruguay (1968-2000)* Trilce, Uruguay, 2004.
- ⁵ Nun, José: Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos, Buenos Aires-México, FCE, 2000, pp. 39 y sig. Portantiero, JC. "La crisis política Argentina en el marco de la globalización", en Fazio, Horacio. *La política en discusión*, Buenos Aires, Manantial, 2002. p. 83.
- ⁶
- ⁷ Dahl, R. *La democracia y sus críticos*, Buenos Aires-México, Paidós, 1992, p. 164.
- ⁸ Se aclara que la idea de centrarnos en 'el ciudadano responsable y participativo' no intenta culpabilizar al individuo, invirtiendo la problematización 'deconstructivista', que vuelve muchas veces al sujeto moral y criminalmente 'responsable' de sus actos, más que marcar las limitaciones históricas, tejidas en una intersubjetividad de discursos que lo limitan y explican.
- ⁹ Serna, Miguel. "As mayorías silenciosas na redemocratização no Uruguay", en Baquero Marcelllo. *A construção da Democracia na América Latina*, Brasil, Editora da Universidade, 1998, pp. 143 y sig.
- ¹⁰ Munck, Gerardo. "La desagregación del régimen político: problemas conceptuales en el estudio de la democratización", en Revista *Agora*, a. 3, n.5, invierno 1996, p. 211.
- ¹¹ Giussani, Pablo. *¿Por qué, doctor Alfonsín? Conversaciones con Pablo Giussani*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, p.95.
- ¹² *Ob. cit.* p. 32
- ¹³ Novaro M. *Pilotos de tormenta. Crisis de representación y personalización de la política 1989-1993*, Buenos Aires, Ed. Buena Letra, p.106.
- ¹⁴ Malloy. "Política económica e o problema da governabilidade democrática", en *Sola*, 1993, Introducción.
- ¹⁵ Nun J. *Ob. cit.*, p. 67.
- ¹⁶ *La Nación*, 26 de Mayo del 2003.
- ¹⁷ Los pobres y el Mercado. www.socialwatch.org Informe Social Watch 2003.
- ¹⁸ Fausto, Boris. *Historia concisa del Brasil*, México, FCE, 2003, p. 149.
- ¹⁹ Dos Santos, T, Bambilla, V en Pablo González Casanova comp. *América Latina: Historia de medio siglo*, México, S XXI, 1988, p. 156.
- ²⁰ A partir de 1971 los importantes sindicatos metalúrgicos de San Pablo inician huelgas cada vez más importantes, dirigidos por un líder sindical que cobrará relevancia política: Luis Inacio "Lula" Da Silva.
- ²¹ Serna, Miguel. "Reconversao democrática das esquerdas no Cone sul". Trajetórias e danos na Argentina, Brasil e Uruguay" Brasil Edusc. Anpoc. 2004. p. 136 y sig.
- ²² Moreira, Constanza y Borsani, Hugo. *Un Brasil distinto emerge de las urnas*. Brecha, Montevideo, 2002.
- ²³ Pomar, Walter. "El PT del Brasil: Historia, crisis, perspectivas" www.po.org.ar/edm/edm21/elptde.htm, Octubre 98, p. 4
- ²⁴ Tucano: Partido Social Demócrata, de Cardoso. Pefelista: Partido del Frente Liberal, de derecha que participa en el gobierno.
- ²⁵ La centralidad que han tenido los partidos en la constitución de la historia política uruguaya ha llevado a caracterizarlos en términos de partidocracia, (Gerardo Caetano, José Rilla, Romeo Pérez ,1987). Con ello se hace referencia a "...la fuerte configuración electoralista del sistema político" característica que por otra parte data efectivamente de las primeras décadas del siglo pasado.
- ²⁶ En este periodo cobraron fuerza los llamados "partidos de ideas", se institucionaliza la oposición nacionalista y la sociedad comienza a politizarse, lo que no obstaría para que el duelo siguiera siendo un instrumento de dirimir conflictos de la vida política, como se evidencia en la muerte de Washington Beltrán un viernes Santo de abril de 1920.
- ²⁷ Paniza, Francisco. *Ob. Cit.* p. 31.
- ²⁸ Se concluye el pacto implícito que los sectores ganaderos exportadores e industriales habían mantenido y por el cual nunca hubo cambio en la tenencia de la tierra, entrando sólo en negociación los precios, el nivel de cambio de la moneda y el crédito.
- ²⁹ Entre otros cambios vale la pena recordar: la puesta en marca del cambio único y libre, la eliminación de subsidios y como consecuencia de la fijación de los precios internos, la liberalización de importaciones y exportaciones, se adoptan medidas en concordancia con las exigencias del FMI.
- ³⁰ Así lo expresan Gerardo Caetano y José Rilla en *Historia Contemporánea del Uruguay*. Montevideo, Ed. Fin de Siglo, 1994, p. 211.
- ³¹ El 14 de agosto del 68 matan a Liber Arce; meses después a Susana Pintos y Hugo de los Santos. En 1971 y 72 serán asesinados Heber Nieto, Julio Spósito y Joaquín Klüver.
- ³² Real de Azúa, Carlos. *El impulso y su freno : tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*, Ediciones de la Banda Oriental, 1964, p. 67.
- ³³ Laclau, Ernesto. *La razón populista*, México ,FCE ,2005. p. 97 y siguientes.
- ³⁴
- ³⁵ Nun, José. Reportaje, en *Revista Debate*. noviembre del 2005, a. 3, n. 138, p. 18.
- ³⁶ Real de Azúa. "La clase dirigente", en *Nuestra Tierra*, n. 34. Montevideo, 1969.